

JOAQUÍN ARTILES, LUIS DORESTE SILVA  
PEDRO PERDOMO ACEDO

# RUBÉN DARÍO

EDICIONES DEL EXCMO. CA-  
BILDO INSULAR DE  
GRAN CANA-  
RIA

R.0

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

\* \* \*

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria  
(*Comisión de Educación y Cultura*)



VI  
VARIA

(Al cuidado de Ventura Doreste y de Alfonso Armas)

JOAQUÍN ARTILES, LUIS DORESTE SILVA  
PEDRO PERDOMO ACEDO

# RUBÉN DARÍO

1968

DEPÓSITO LEGAL G. C. 184 - 1968

LIT. SAAVEDRA - LA NAVAL, 225/227 - LAS PALMAS

## [ADVERTENCIA

Para celebrar el centenario del gran poeta Rubén Darío, en la Casa de Colón se pronunciaron las siguientes conferencias:

1 de Junio de 1967, a las 7,30 de la tarde.

*"Antes, con y después de Rubén Darío", por el Dr. D. Joaquín Artiles, Catedrático de Lengua y Literatura e Inspector de Enseñanza Media del Distrito Universitario.*

8 de Junio, a las 7,30 de la tarde.

*"Recuerdos de Rubén Darío", por el Dr. D. Luis Doreste Silva, Cronista de la Ciudad, poeta.*

15 de Junio, a las 7'30 de la tarde.

*"Rubén, pieza de caza", por don Pedro Perdomo Acedo, periodista y poeta.]*

JOAQUÍN ARTILES

ANTES, CON Y DESPUÉS DE  
RUBÉN DARÍO

**SITUÉMONOS** en el año 1888, fecha de la publicación, en Valparaíso, del libro *Azul* de Rubén Darío. *Azul* era más bien un libro pequeño, escrito en verso y prosa. Rubén Darío había ya escrito varios volúmenes de versos y tenía entonces sólo 21 años. Aquel joven de 21 años, con cabeza de indio maya, nacido en Metapa de Nicaragua el 18 de enero de 1867, iba a hacer girar en muchos grados la poesía de habla española.

Tomando como fecha-símbolo el año de la publicación de *Azul*, en 1888 estamos asistiendo al ocaso de un período importante de la poesía española y contemplamos fascinados el nacimiento de un nuevo credo estético. Estamos a horcajadas sobre la intercesión de dos mundos distintos, en la misma divisoria de dos poéticas de signo antitético. Por un lado (si exceptuamos acaso a Núñez de Arce), la lengua llana de la conversación que se convierte en instrumento del verso,

y, por la otra vertiente, la noble aspiración a crear una lengua de arte para la poesía. Por el lado primero, en la vertiente anterior a 1888 (excepción hecha de Bécquer), una poesía arraigada, o que ha tratado de arraigar en la entraña de su tiempo, que aspira a dar testimonio de su tiempo; y, por el otro lado, después de 1888, una poesía de evasión, escapista y destemporizada. Porque son dos los problemas que se está planteando la poesía de fin de siglo: 1) ¿Cuál debe ser el lenguaje de la poesía, el cotidiano del coloquio y la conversación, o un lenguaje de artificio y aderezos? 2) ¿La poesía ha de dar fe notarial de su época, o ha de ser fuga y escape del mundo circundante? Es de notar que no son problemas nuevos de fin de siglo. Son los mismos problemas que se ha planteado el poeta, el artista, en distintos momentos de su devenir histórico. Son las mismas cuestiones que ahora mismo, en nuestro mundo de hoy, y aun en nuestro mundillo insular, se plantean, discuten y polemizan.

Quisiera aclarar, antes de proseguir, que no intento valorar las distintas actitudes estéticas, sino simplemente clarificarlas y definir las. Aquí y ahora, más que crítica, quisiera hacer historia. Así, al menos, lo intentamos.

¿Cómo era el panorama de la poesía española cuando se publicó *Azul*? Muerto Bécquer en 1870, 18 años antes de la aparición de *Azul*, tras una vida breve y casi anónima, sin haber publicado sino 15 de las 79 rimas que conocemos hoy, todavía vivían, rodeados de honores y saboreando en la vejez el regusto



Rubén Darío en 1896, por E. Schiaffino.



Don Ramón de Campoamor (1817-1901).

de una larga vida de triunfos, Campoamor y Núñez de Arce. Campoamor era, para la crítica de entonces, algo así como nuestro Homero, nuestro Goethe o nuestro Dante. Y las ediciones de Núñez de Arce, en España y en América, superaban ya los dos centenares. Pocos poetas han sido tan leídos y encumbrados. Poetas los dos más narrativos que líricos, con menos intuición que raciocinio, con más lógica que sensibilidad y desvinculados de las corrientes europeas, su poesía era el eco fiel de una época positivista, mesocrática y espesa, poesía documental del espíritu de su tiempo. (La poesía, escribía Núñez de Arce, ha de ser reflejo “de las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que se vive”). Poesía política y social, poesía también, a veces, inconformista, de protesta y denuncia, en que el tema social y político, unas veces se desfleca en amargas ironías, como en Campoamor, y otras veces se trata muy en serio, como en Núñez de Arce. Escépticos los dos, más por moda que por sentimiento; conservadores los dos y de buen vivir, aunque jugando a ratos a la revolución; flageladores implacables de una sociedad que les mimaba y endiosa, se diría que operaban sobre un cuerpo enfermo de masoquismo.

Pero, a pesar de estas coincidencias, sus poéticas respondían a principios divergentes. Enemigo de toda lengua de arte, para Campoamor la poesía ha de expresarse “en un lenguaje que no se pueda decir en prosa ni con más naturalidad ni con menos palabras”. “Sólo el ritmo debe separar el lenguaje del verso del propio de la prosa”. “Es imposible que haya mala poesía cuan-

do en ella hay ritmo, rima, conceptos e imágenes”. El resultado de estos principios fue, como no podía ser menos, una poesía desaliñada, muchas veces vulgar y apoética, lo que Ortega llamaba “poesía de funcionario”. No es afortunado hablar, como hoy se habla, de una vuelta a la Poética y no al estilo de Campoamor. La poética y el estilo de Campoamor son convergentes.

En contraste con Campoamor, Núñez de Arce cultiva una poesía altisonante, declamatoria, multitudinaria, gesticulante y fría, de fácil retoricismo. A Campoamor le salvaba el humor y el ingenio, la gracia y la ironía. A Núñez de Arce, la perfección artesanal del verso y de la estrofa. Muertos los dos a principios de siglo, a pesar de su vida de triunfos la crítica les fue adversa durante 50 años. Les faltaba sustancia poética, les faltaba un soplo lírico que hiciera temblar el verso.

Sí, ya lo hemos dicho. 18 años antes de publicarse *Azul*, cuando Rubén Darío tenía sólo tres años, había muerto Gustavo Adolfo Bécquer, casi desconocido y socialmente fracasado, enfermo de tisis y de tristeza. Según uno de sus biógrafos, nadie le había visto nunca reír, ni tampoco llorar, porque “lloraba hacia dentro”. Aquel joven nos dejó un cuaderno de rimas, desligadas de todo acontecer político y social, que no daban testimonio sino de sí mismo; extraídas del hondón más secreto del alma y de una transparencia impresionante; desnudas de retórica, pero con un lírico estremecimiento en cada verso; escritas, como él dice, con palabras que quisieran ser “suspiros y risas, colores y notas”. Núñez de Arce las llamaba

despectivamente “suspirillos germánicos”. Y, en efecto, la voz gesticulante de Núñez de Arce apenas dejaba oír aquellos “suspirillos”, y los jóvenes poetas, en su gran mayoría, preferían repetir hasta el cansancio los temas y modos de Núñez de Arce y Campoamor. Por eso pudo decir *Clarín*: “No tenemos poetas jóvenes. No hay jóvenes que tengan nada de particular que decir en verso. El arrebató lírico no lo siente nadie”. Este era el panorama de la poesía española cuando se publicó el libro *Azul* de Rubén Darío.

Mientras, en Europa, en Francia, desde hacía 20 años, la fórmula triunfante era “el arte por el arte”. Primero los *parnasianos*, desde 1866 en que se publicó el primer *Parnaso*, y después los *simbolistas* (*La siesta de un fauno* se publicó en 1876). Europa decía NO al habla cotidiana y vulgar como instrumento de arte. Europa decía NO a la poesía de testimonio, política y civil. En el reloj de Europa la poesía española llevaba 20 años de retraso.

Los parnasianos proclamaban la plenitud del arte por sí mismo, “la belleza como valor esencial y eterno”. “Sólo la belleza y el arte son la razón de la vida”. Y labraron sus versos con sabia mano de orfebre, perfectos y rotundos, con una corporeidad casi táctil. “Nosotros, decían, que cincelamos como copas las palabras y hacemos muy fríamente versos emocionados”.

Pero los parnasianos lograron, sí, una labra perfecta del verso, pero se obstinaron en una plasticidad inerte, en una intencionada *impasibilidad*. La pasión,

decía Baudelaire, “desafina en el dominio de la pura Belleza”.

Fueron los simbolistas los que restauraron la conexión de la vida y el arte, de las bellas formas y el íntimo latido del alma; pero con una nueva fórmula estética en que la poesía se disuelve, como escribe Giuseppe Gabeti, “en una fluidez móvil de estados de ánimo y de música”, apuntando siempre a lo inefable con el “embrujo evocador” de la palabra. El lenguaje de la poesía debía ser “sueño y canto ante todo”. “El nexo lógico-sintáctico del discurso había de resolverse, en la poesía, en un nexo puramente lírico-musical”. Poetizar es “tomar a la música su tesoro”. La poesía ha de despojarse “de cuanto no es pura imagen cromática, auditiva, sensorial”. La poesía ha de huir de todo lo vulgar y espeso, de lo cotidiano y mostrenco. Rimbaud intentaba llegar a “lo desconocido”, “inventar nuevas flores, nuevos astros..., nuevas lenguas”, “escribir los silencios, las noches”, “anotar lo inexpresable, fijar los vértigos”. Y Verlaine nos creó, en sus *Fiestas galantes*, un mundo lánguido y vaporoso, de exquisita galantería dieciochesca, de rítmicas fiestas cortesananas, de palabras susurradas, de máscaras sentimentales, de faunos burlones, de princesas galantes y frívolas. Y este es el mundo que cautivó a Rubén Darío. Rubén Darío que, antes de *Azul*, había también imitado, como todos los jóvenes poetas de habla española, a Núñez de Arce y a Campoamor, y muchas veces a Bécquer (piénsese que casi todos los poetas modernistas comenzaron imitando a Bécquer), apenas descubrió ese mundo nuevo y extraño, exquisito y re-

finado, de parnasianos y simbolistas, quedó aprisionado en sus redes. La rica sensibilidad de Rubén se había encontrado a sí mismo. Y comenzó a soñar en París, sobre todo en Verlaine. Y esta admiración por Verlaine no disminuye ni siquiera después de aquel su muy desagradable primer encuentro.

Rubén Darío hizo suyas, españolizándolas, las formas poéticas de París, triunfantes ya en Europa, y las impuso con su genio a todas las naciones de habla hispánica. Con Rubén se abre en nuestra patria un largo período de *culto a la forma* y de *huida de la vulgaridad circundante*, que había de prolongarse, a pesar de los cambios profundos de la poesía en esta larga etapa, hasta casi la segunda guerra mundial; una poesía esteticista y aristocrática (frente, como dice él mismo, “a la mediocridad, a la mulatez intelectual y a la chatura estética”), que había de culminar en los poetas de la generación del 27; una poesía de evasión y de fuga, frente a un mundo positivista y burgués, que llegaría a su ápice con Juan Ramón Jiménez.

A Rubén no le interesa el mundo que le rodea. Su mundo es el “ayer”, más que el “hoy”, un mundo lejano de sueños y nostalgias. Él mismo lo dice en el prólogo de *Prosas profanas*: “¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nograndano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos e imposibles; ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presi-

dente de la República no podría saludarle en el idioma en que te cantara a ti, ¡oh Halagaball!, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños”.

A Rubén no le interesa el lenguaje cotidiano de la conversación y el coloquio. Ortega y Gasset lo dijo, como sólo él sabía decirlo: “De la conversación ordinaria a la poesía no hay pasarela. Todo tiene que morir antes, para renacer luego convertido en metáfora y en reverberación sentimental. Esto vino a enseñarnos Rubén Darío, el indio divino, domesticador de palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética.”

Mallarmé había escrito: “Los versos no se hacen con ideas, sino con palabras”. Pero Rubén Darío completó: “Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía de ideas. La música es sólo de la idea, muchas veces”. “La gritería de trescientasocas no te impedirá, Silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal que tu amigo el ruiseñor esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte, cierra los ojos y toca para los habitantes de tu reino interior”. El ritmo de las palabras, el ritmo interior de las ideas, la armonía del verso: elementos muy importantes del poeta modernista. Cuando preguntaron a Verlaine qué le parecía el verso libre, contestó: “No me parece mal; sólo que en nuestra juventud éramos más sinceros y lo llamábamos prosa”.

A Rubén no le satisfacen los ritmos al uso, acar-

tonados ya y momificados en la estrechura de las preceptivas. Y lleva a cabo la renovación más honda de la métrica española desde los tiempos de Boscán. Rubén fue para el novecientos lo que Boscán y Garcilaso para el siglo XVI. El alejandrino francés se castellaniza, ganando elasticidad y finura, al sustituir el ritmo yámbico por el anapéstico y combinar hábilmente los versos agudos, llanos y esdrújulos de la métrica española. El verso dodecasílabo, de pesada andadura, adquiere un ritmo más flexible y deja de ser aquella “torpe avutarda de cuatro coletazos por renglón”, que dijera Dámaso Alonso. El endecasílabo se adelgaza y agiliza, y resucita el llamado “de gaita gallega”, de ritmo dactílico. El eneasílabo francés anapéstico, en manos de Rubén se hace anfibráquico. Triunfa el concepto acentual del verso, sobre el concepto silábico tradicional, y se ponen de moda las series indefinidas de pies latinos, lográndose efectos rítmicos sorprendentes con la repetición de grupos de igual número de sílabas e igualmente acentuados. Se ensayan con fortuna los exámetros y pentámetros latinos. Vuelven a escribirse los decires y cantares de los Cancioneros medievales. Se construyen sonetos de 9, 12 y 14 sílabas. Se hacen las combinaciones más arriesgadas. Se inventan estrofas, como la del “Responso a Verlaine”, y se da nueva vida a las tercetillas del “Dies irae” o a la cuaderna vía de Berceo.

A Rubén no le interesa lo vulgar y plebeyo. Y crea un mundo de fina elegancia, con princesas pálidas y rajás constelados de brillantes, con pajes y galanes, púrpura y rasos, perlas, seda y oro, palacios de mármol

y pavos reales, leopardos y elefantes, libélulas y faisanes, con ninfas y faunos, náyades, sátiros y efebos. Es un mundo en que vuelven a escucharse “los sollozos de los violoncelos”, el trémolo de las liras eolias”, “los dulces violines de Hungría”, “los sones del bandolín”, “los líricos cristales” de la risa y la “caricia de marfil” de los abanicos. Es un mundo con “versos de oro” y “collares de rimas”, con “tímpanos, liras y sistros y flautas”, con “perlas, rubíes, zafiros y gemas”, en que “hilan hebras de amores las esmeraldas”. Un mundo en que casi sentimos que nos rozan “los dedos de viento”, o “el lino de la luna”, o “el soplo de las mágicas fragancias”. Es un mundo en que cada palabra y cada verso conllevan un valor rítmico sustantivo y una leve carga de evocación. De aquí su preferencia por las palabras exóticas, por los neologismos extraños, por los vocablos esdrújulos (hay 32 esdrújulos sólo en uno de sus poemas), logrando, unas veces, un ritmo elástico y aligero, y otras, una música bronca y grave. Y de aquí, también, el uso afortunado de la aliteración, como elemento eufónico que matiza o refuerza el significado del verso: “bajo el ala aleve del leve abanico”, “la libélula vaga de una vaga ilusión”. Es el mundo refinado de los cisnes que se convierten en el símbolo de la escuela: “el olímpico cisne de nieve con el ágata rosa del pico”, el cisne con el cuello “enarcado en forma de ese”, “cincelado tímpano viajero”, los cisnes “hechos de perfume, de armiño, / de luz dé alba, de seda y de sueño”, “los cisnes negros”, “los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter”. Es el mundo melancólico y exquisito de la *Sonatina*, “ese delicioso e inmarcesible poema que (como ha dicho un escritor) ni el paso

de los años ni el manoseo continuo de las muchedumbres han podido ajar”. Es el mundo sólido y vigoroso de la “Salutación del optimista”. Rubén lo renueva todo: el léxico, la sintaxis, la métrica, el ritmo, la temática y el clima poético.

Dos libros señalan la cima poética de Rubén Darío: *Prosas profanas*, publicado en Buenos Aires en 1896, y *Cantos de vida y esperanza*, publicado en Madrid en 1905. Pudiéramos decir que responden, dentro de la sensibilidad rubendariana, a dos estilos y a dos modalidades distintas: más lírico y refinado el primero, más épico y orquestal el segundo; más exquisito y más francés en *Prosas profanas*, más español y más hondo en *Cantos de vida y esperanza*. En el prólogo de *Prosas profanas* el poeta confiesa sin eufemismos su entusiasmo por Francia: “El abuelo español de barba blanca (dice) me señala una serie de retratos ilustres: “Este es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; este es Lope de Vega; este es Garcilaso; éste, Quintana”. Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo: ¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo!... (Y en mi interior: ¡Verlaine!...) Luego, al despedirme: “Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.” Pero en *Cantos de vida y esperanza*, la fuerza de la raza, el empuje de la sangre española, se impone impetuosamente. Rubén Darío es ya el “español de América” y el “americano de España”. Más tarde lo dirá en unos

versos inolvidables que parecen más bien una rectificación de antiguos devaneos :

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,  
español de conciencia, obra y deseo;  
y yo nada concibo y nada veo  
sino español por mi naturaleza.*

En este libro está la “Salutación del optimista”, que tiene regusto de exámetros latinos y que es como un himno alentador y esperanzado de las viejas prosapias hispanas, escrito precisamente cuando la derrota del 98 aplanaba a tantos españoles selectos. Allí están los poemas “Al rey Oscar” y “Cyrano en España”, afirmaciones cordiales y valientes del ser español. Allí está, como un reto a las “férreas garras” del imperialismo norteamericano, el poema “A Roosevelt”, que tantos contratiempos habría de causarle. Allí están la “Marcha triunfal”, con el desfile brioso de su cabalgata de anfíbracos; los tres sonetos de “Trébol”, dedicados a Góngora y Velázquez; el soneto a Cervantes, “cristiano y amoroso caballero”; las tercerillas “A Goya”, el “poderoso visionario”, y la “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote”, el “noble peregrino de los peregrinos”.

Rubén Darío estuvo varias veces en España e hizo amistad con muchos poetas españoles, desde Campoamor hasta Antonio Machado. La primera vez en 1892, representando a Nicaragua en el centenario del descubrimiento de América, y la última, ya enfermo, en 1914, en cuyo mes de octubre la abandona para siem-

pre, camino de Nueva York, donde enferma de gravedad. Trasladado a León de Nicaragua, su tierra natal, muere el día 6 de febrero de 1916, a las diez de la noche. “El alba, que traía orla de luto (escribe Sáinz de Robles), la desgarraron veintiún cañonazos, que son los de rigor cuando fallece un príncipe de alguna rancia monarquía. Se cerraron los talleres, las fábricas, las escuelas, los espectáculos, el comercio, el Parlamento. El teléfono y el telégrafo vibran sin reposo. Durante cinco días el cadáver del poeta fue Meca de emocionadas peregrinaciones. Y cientos de plumas, movidas por cientos de espíritus selectos, fueron trazando los memoriales que debían valer —y avalar— a Rubén Darío ante el tribunal impávido de la Inmortalidad”.

Poco tiempo después de la muerte de Rubén, se empezó a hablar de que había que retorcerle el cuello al simbólico cisne del modernismo. Guillermo de Torre, que hizo su primera salida poética con un libro antirrubendariano, ha aclarado muy recientemente que aquella reacción no era contra Rubén Darío, “que soporta impávidamente saltos del gusto y metamorfosis estéticas”, sino contra los segundones y tercerones de Rubén, “contra su epigonía desvitalizada, contra el oropel y la percalina en que se habían trocado su oro y su púrpura, contra el descolorido aguachirle en que habían degenerado unos símbolos y una retórica caídas en manos de zagueros sin personalidad”.

Ante la gran figura de Rubén no cabe sino inclinarnos con respeto, admirando lo mucho bueno que nos legó, sin malgastar el tiempo buscándole puntos

débiles o señalando excesos retóricos que no se avienen con los gustos de hoy, pero que acaso vuelvan a rimar con el mañana. Porque ¿quién garantiza que el criterio estético de una época es el mejor y definitivo?, y en último término, también se duermen los genios, y Rubén Darío lo era. También Homero se durmió más de una vez. Y, en definitiva, podemos decir de Rubén lo que La Harpe decía de Homero: “Rubén Darío, como Aquiles, tiene un talón vulnerable; pero andará muy bajo quien se lo encuentre”.

Después de un largo período de signo esteticista (si exceptuamos a Machado y Unamuno), después de un largo período de culto a la forma, iniciado por Rubén y que duró casi medio siglo, hemos vivido un período rabiosamente antiesteticista. Hemos vuelto a la lengua de la conversación y del coloquio como instrumento de la poesía; hemos vuelto a la lengua cotidiana, muchas veces intencionadamente prosaica y vulgar. Hemos matado la poesía de fuga y evasión, para tropezar otra vez en la poesía civil, política y social, en la poesía inconformista, de protesta y denuncia, unas veces en nombre de Marx y otras en nombre de Cristo. Y en nuestro afán de arraigar en el mundo circunstante, queriendo dar fe y testimonio notarial del acontecer humano, hasta hemos intentado matar el “yo” intimista de Antonio Machado, para sustituirlo por un “nosotros” inconcreto y gregario (“He asesinado mi yo/ porque tanto me dolía”, escribe Gabriel Celaya). Hemos suplantado al “hombre lírico”, “vuelto hacia sus adentros”, por el hombre “considerado en su vertiente exterior”, en función de lo colectivo, en expresión de

Salinas. Los poetas ya no *cantan*, sino *cuentan* (“No quisiera hacer versos (dice Celaya), quisiera solamente contar lo que me pasa”). Ya no se hace poesía propiamente lírica, sino más bien narrativa, pero con técnica y estilo de reportaje de periódico. Hemos vuelto, sin saberlo, a los tiempos anteriores a Rubén Darío, a los tiempos de Campoamor, pero sin la popularidad de aquellos poetas, porque la poesía social, a pesar de sus mensajes al pueblo, además de ineficaz e inoperante en la consecución de sus fines, no es precisamente una poesía con olor de multitudes.

Con la poesía social, el *antiesteticismo* y el *objetivismo antilírico* han llegado por fortuna, a sus últimas consecuencias y, como dice Willian Blake, “el camino de los excesos lleva al palacio de la sabiduría”. Ya son muchos los que hacen oír su discordancia con esta falta de intimidad lírica y con esta aversión enconada a una lengua de arte. No cabe duda de que algo está pasando en la poesía española, porque ya se escuchan muchas voces que al parecer, ensayan un responso por algo que está muriendo. Ya en la misma *Antología consultada* se oyó la voz de Carlos Bousoño, uno de los poetas consultados, que decía a propósito de la poesía como testimonio de la realidad: “Si os referís a la realidad interior, no me parece mal. Pero si queréis significar poesía escrita en lenguaje consuetudinario, no estoy conforme. Y si deseáis decir poesía que refleje las cosas tal cual son, no logro entender lo que esas palabras pretenden significar”. Un ilustre poeta de *Alforjas para la Poesía* se quejaba recientemente: “Nos da un poco de miedo que la Poesía, por amor de

la verdad, o la justicia, o la sociología, o la doctrina, traicione un poco la belleza, y se vaya del brazo del pensamiento. Me da miedo que la Poesía haga como esas alumnas que abandonan al novio de su edad y curso porque se enamoran del catedrático”. “La poesía española más representativa” (escribe José Luis Cano desde la atalaya de *Ínsula*) se está alejando del realismo testimonial, “de los temas sociales y cotidianos” y “del prosaísmo en el estilo”. Y Guillermo de Torre: “¿Quién puede predecir que al momento de lo ‘comprometido’ social no habrá de suceder el momento de lo ‘desprendido’ estético?”

Se presente la llegada de otro momento de renovación de la lírica española. Estamos volviendo al “sentir individual” de Antonio Machado y al hondo sentir de Garcilaso y de Gustavo Adolfo Bécquer. La lírica volverá a ser fuga y escape, desasimiento de la vulgar circunstancia que nos rodea, o, al menos, estilización y sublimación de esa circunstancia. “La realidad no importa, decía Azorín; lo que importa es nuestro ensueño”. Para Antonio Machado, “sólo vale / el don preclaro de evocar los sueños”. Y Juan Ramón Jiménez preguntaba: “¿Y no es nadie la ilusión?” La lírica volverá a ser ilusión y ensueño.

Pero ¿cuál será el ropaje de ese ensueño? ¿Volveremos a labrar el verso y la estrofa, a cincelar las palabras como se cincelan la plata y el oro? ¿O volveremos, más bien, a la belleza esencial, al estilo austero y desnudo de retórica, nunca vulgar y prosaico, a la lengua sencilla y transparente, nunca plebeya y

mostrenca, sino ennoblecida y clarificada, a la palabra expresiva y cargada de significancias evocadoras, a la palabra exacta que buscaba Juan Ramón, a la palabra precisa? ¿Desandaremos de nuevo la ruta de los poetas del 27, de Rubén, de Góngora, de Fernando de Herrera? ¿O seguiremos otra vez la ruta de Antonio Machado, de Bécquer, de Fray Luis, de Garcilaso? No lo sabemos. Acaso pueda decirlo la aparición de un gran poeta de uno o de otro signo. No ha aparecido todavía el Rubén o el Machado de la segunda mitad del siglo. Digan lo que digan los indocumentados, las formas del arte son reversibles, aunque no lo sean con repetición literal, y, queramos o no, hay un movimiento rotativo en que la pescadilla seguirá mordiendo la cola.

Lo que sí podemos presentir es que la nueva poesía, si quiere tocar otra vez la fibra del gran público, ha de tener mucha levadura humana y ha de estar transida de un lírico estremecimiento. Lo que sí podemos presentir, para la nueva poesía, es que no volveremos ciertamente a la retórica barata de los epígonos de Rubén, ni a un intrincado lenguaje de artificio en que las formas oscurezcan el balizamiento iluminado de las ideas; pero no continuará tampoco el prosaísmo desgreñado de la poesía social. Acaso volvamos a lo que Cervantes llamaba “discreción”, a lo que Fray Luis de León y Juan de Valdés llamaban “particular juicio” y “buen juicio”, a lo que llamaba “buen gusto” la Reina Católica. Es decir, a un lenguaje que sea algo más que simple vehículo de ideas y sentimientos y algo menos que puro artificio verbal. Es de-

cir, a lo que, desde hace cuatro siglos, con mucha cordura, aconsejaba Ambrosio de Morales: “Yo no digo que afeites la lengua castellana, sino que le laves la cara. No le pintes el rostro, mas quítale la suciedad. No la vistas de bordados ni recamos, mas no le niegues un buen atavío de vestido que aderece con gravedad”. Y yo pienso que tenía razón Ortega y Gasset cuando aconsejaba a los hombres de letras: “O se hace literatura, o se hace precisión, o se calla uno”.

LUIS DORESTE SILVA

CON RUBÉN DARÍO EN PARÍS.  
CARTAS QUE SE HACEN HISTORIA



**E**L título que yo os traigo dice: “Con Rubén Darío en París. Cartas que se hacen historia”.

Hablo en este centenario del natalicio de Rubén Darío ciertamente por un privilegio. Como diría nuestro don Benito, por boca de su humanísimo profesor Manso, para sentirme, una vez más, pequeño ante lo grande. Y también para placernos del destino. Tamaño decir éste.

Gratitud indecible, palpito profundo de humildad, os trae este orgulloso cuento mío, capítulo feliz de juventud, de un tiempo que fue y exaltante es.

No podemos estar conformes con el norteamericano famoso que dijo ver el pasado como un cubo lleno de ceniza, mientras el mundo era un océano de mañanas, un cielo de mañanas. Si fuera así no tendríamos una exacta palabra para poetizar. La fe en el

mañana, se funda en lo que fue vida y así orientación cierta hacia un futuro esperanzado, de fortalecedora ilusión.

No es frecuente, en verdad, que se acerque un ser a otro para contar venturas en este casi último tercio del siglo XX, el de la angustia, la guerra y el hambre inacabables, la suntuosidad heroica escalofriante del viaje espacial y el universal dispendio a fondo perdido de Evangelio, el vértigo en el vacío, mientras clama la voz transparente y entrañablemente conminatoria del Pastor Angélico, mundo donde alucinados despertamos cada día rumiando mal lo muy olvidado y tan viejo en Cristo: cómo es ya hora de ser justos, de entregar lo que sobra y hace falta, lo desbordantemente rico y avaricioso; tremendamente urgente cargar de conciencia nuestro corazón para, tal vez, llegar a amarnos los unos a los otros, para ganar un poco de paz en la tierra, para ganar la salvación de una convivencia, primer y fundamental paso hacia lo eterno.

Me he lanzado a este decir porque vengo a invitaros sencillamente al amor, cuando me dispongo a evocar un ayer ilusionado, alegre y juvenil, ansiando que conmigo escuchéis en vuelo sobre el cuadro sombrío las verdaderas campanas que saludan el natalicio de un poeta, es decir, dentro de nuestra condición humana lo milagrosamente divino.

De nuevo, como hace unas semanas por tierras nuestras sureñas y simbólicas, donde los cactus abren sus flores blancas y esperanzadas en la noche, hemos

de recordar al hombre de magnitud espiritual gigantesca, exigida confesión por vuestra parte de nuestro trato milagroso con el genio. Venimos a ofrendar lo íntimamente, privilegiadamente, religiosamente guardado.

Vivir es tomar puesto en la historia, nuestro ser preciso en tiempo y espacio. Cuando alguien nos encuentra nos damos cuenta realmente de que somos personajes. Por muy humildes que seamos. La Historia es vida de relación. Por las llamadas del semejante sabemos realmente lo que somos.

Así nos estamos encontrando. Proyectados en el recuerdo de tiempo y espacio que perteneció a otro hombre histórico.

Se ha querido, se nos ha pedido venir a este sitio de maestros a recordar a Rubén Darío, el grande, el genial forjador de una forma musical imprevista, creador asombroso desde su sangre quijotesca hispano-americana de una nueva Poesía Española; Rubén Darío de quien, sin embargo, en esta calenda natalicia se ha dicho, a repetición por algunos, sin que les queme la lengua palabras tales castellanas, que vivió y cantó sin la verdadera sal del bautismo, inválida y para olvidada toda su grandiosa entrega sinfónica, inservible su música de la “Marcha Triunfal”, mosqueteril y vana su “arrogancia tropical”, enfáticamente pueril aquello de “Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda”, Rubén Darío sepultado y con el epitafio, dentro de nuestra lírica hispana, de Dios le perdone.

Por fortuna, hay voces íntegras, voces autorizadas, voces maestras, como la de nuestro tan admirado profesor don Joaquín Artiles, irguiéndose con la sentencia de una vida eterna para Rubén, poeta, tal la escuchasteis en esta misma cátedra.

Venimos a “revivir” a Rubén Darío, presentándonos sin duda en la condición dicha de personajes históricos. Para con orgullo exacto, en cimiento inmovible del gracias a Dios, decir cómo se mantiene en nuestra alma el impacto formidable de la voz “orquestalmente cósmica” de Rubén Darío; su imagen humana perdurablemente portentosa, impacto providencial del mejor trozo de nuestra vida.

Venimos con la lección sencilla del recuerdo, nunca más suprema como en la alquimia sentimental y pura del llegado a la ancianidad; pero suele suceder, necesito decíroslo repetidamente, que al viejo le estén faltando las artes necesarias, llegue con los ojos muy gastados, la palabra insegura, el ánimo dudoso, riesgando la charla quedarse en lamentable esqueleto, la esperada lección pudiendo devenir reportaje inocente de un pretérito sin enseñanza provechosa, pues que recordar magistralmente es ir a la búsqueda, no del tiempo perdido, según la nomenclatura de Proust, sino del tiempo ganado para sí mismo y para todos.

Largo, incontenible exordio, templanza del ánimo temeroso, mientras mi confesión se prepara. Es el cuento que, cierto día del año 1903, un estudiante, que era yo en Madrid, cuando cansino, con sus primeros do-

lidos, tiernamente temblorosos *Poemas del Hospital* a cuestras, volvía de la Facultad de San Carlos, el de las viejas arcadas en los versos de Tomás para mí, encontraba un caballero cerrándole obstinadamente el paso en la puerta del limpio hospedaje, aparición milagrosa; tratábase de un pariente lejano, no visto desde la infancia y a cuyo cuello alegremente me abracé; tratábase, nada menos, que del anfitrión de la gran quimera mía de París; tratábase del auténtico, maravilloso, soñado “tío de América”...

París de principios de siglo, nuevo cuento de Scherazada, legendaria Lutecia. Parecíame ir montado, viajero en su Escudo; París, a quien anuncia una nave, pequeño barco de plata, quilla de juguete, paradójica al periplo fabuloso con más de dos mil años de singladuras; cosa de magia única sus bodegas, pues que, bien lo sabéis, cargan todas las novedades inimaginables, las más insospechadas, prodigiosas sorpresas del mundo.

Allí estábamos, estudiantes y poetas bisoños, desembarcando. La víspera de la salida de Madrid traducíamos versos del teatro francés con Enrique Díez Canedo, “ejercicios de ensueño”, cruceros poéticos, habiendo de caer por algún instante en aquello bien redicho “de la musique avant tout” gritado por Carlos Baudelaire, dando a un tiempo repaso bastante híbrido al simbolismo francés, de quien tanto se dijo retoño el sorprendente Rubén Darío; digamos pronto, madura la suya para hecha eclosión de asombrosa leche racial, impulso sinfónico en definición grandiosa de lo

ontológico hispano, rostro irradiante de una nueva lírica, fuego de una “patria tropical”, sol altanero, santamente lujurioso, bendecidamente creador de España.

El estudiante estaba milagrosamente en París. Y en marcha. Desde los balcones del hotel de “l’Arcade” viendo las columnas esbeltas, los santos robustamente esculpidos de “La Madelaine”, donde nuestro insigne adoptado Camilo Saint-Saëns desde su célebre órgano ponía en nostalgia las “Campanas de Las Palmas”, como Carlos María Widor en el del San Sulpicio — ¡oh, mañanas nuestras inmarchitables en Juan Sebastián Bach, junto al maestro y amigo! — como sonata matinal abierta deliciosamente en los sagrados pórticos boulevarderos, los ramitos de violetas del puesto de flores de la esquina cantaban en todas las manos femeninas. A nuestra puerta, nos está esperando el automóvil auténticamente primitivo del canario Juan Martín, artista y comerciante de levita y chistera en el año de 1903. No sabía el amigo lo que le esperaba, la correría sin fin antes de llevarnos por la noche a la Port Saint Martin, donde el “Chanteclair” de Maurice Rostand, con sus fabulosos personajes emplumados y el énfasis lírico torrentoso, atraía al mundo.

Ansiedad por hacer nuestro el París de las siete colinas, los veintisiete puentes y los gatos en luna de miel por los tejados pizarrosos, blasfemia e idiotez irritante el decírnosles imitadores de muchas escenas de la calle.

Esperando quedarán las consabidas visitas al “In-

fierno”, la “Gloria”, y los mismos célebres muñecos boulevarderos del Grèvin; esperarán todavía Gómez Carrillo en el “Calysaya” y don Fernando de León y Castillo en su Embajada —que sería, quién lo dijera entonces, nuestro techo de largos años—, nos esperarán el profesor Verneau y Silvestre Bello en Lariboisire —riña imponente la suya porque nos escapamos a Versailles antes de pasar por el famoso Hospital—: preciso era al estudiante de medicina saciar pronto hambres siempre insaciables.

París, cuerpo y alma en escultura, maravilloso ser unitario. Griega, y aún más romana, en los *Comentarios* de César. Culminación del espíritu de Europa. Alhajada en su antigüedad bellísima y su modernidad refinadamente fastuosa. Repujándose en piedra palacial y litúrgica sobre la hugonotesca Isla de San Luis. “Nôtre Dame”, orfebrería solemne y carillón de Dios. París, peinado en sus dos ondas imponentes por el Sena encantado, a derecha e izquierda el cuento de las mil y una noches de Occidente. Cúpula egregia del Instituto de Francia, vieja torre de Saint Germain-des-Près, primer campanario. “Louvre” y “Concordia”, donde el mundo cabe. El Rey San Luis trabajando como un obrero en la maravillosa Santa Capilla; Corot habría de venir siglos después a pintar los nenúfares blancos de las fuentes de las Tullerías. Arriba, la colina de Santa Genoveva, pastora de Francia desviando las hordas de Atila invasoras de los valles del Sena. El “Bois”, la descarga verde y hechicera del río barbudo y milenario. A los pies del Panteón hemos dejado al “Pensador” de Rodin hecho símbolo. Las torres del

Trocadero, la torre Eiffel parecen evocarnos a cada instante la historia de todos los “bebés” del mundo venidos entre encajes transparentes, lazos de seda y chocolatines envueltos en papel de oro. El hombre tiene dos patrias. París con su “Sacre Coeur” de imponente blancura en alta cumbre, y su plaza Du-tertre, la del “Lapin Agile” poniendo verdes iniguallados de praderas florecidas en todas las paletas, también gritos y cabriolas de feria.

Seguiremos andando, hasta llegar a nuestra meta. Hemos saludado los caballos alados de Assyrie, el suave prodigio de la Venus de Milo, el ímpetu maravilloso de la Victoria de Samotracia; estamos viviendo la fiesta que preconizaba para cada cuadro Delacroix en este arsenal inconmensurable, donde nos sorprenden un Jean de Fouquet, un *Maître des Moulins*, primitivos y desconocidos, en tanto nos llama insistentemente el seductor Watteau, moviendo su barca hacia la “Isla del Amor” —prodigioso follaje húmedo que enamoraba al joven Renoir—, su *Indiferente* admirable vestido de seda y en paso de danza, medio indolente, medio insolente.

¡Cuánta nostalgia hispana en “los flamencos” del reinado! Cerca, los miran los grandes pintores de Luis XIII, los Poussin, los Lorrain, La Tour, los Le Nain; hemos visto el rostro inquietante de Richelieu y de algunos jansenistas de Port Royal, rostros de santos como el maravilloso San Jerónimo; los pintores de Luis XIV y Luis XV alhajando Versalles, todavía La Tour y su Madame Pompadour “amable y gentil”, se-

gún el verso rubeniano; por aquí nos vamos acercando al honesto Chardin y David pintando a Marat, el asesinado en su cuarto de baño; Gérard y su Madame Recamier, Costou haciendo volar los caballos de Marly, preparados ya los pinceles de Delacroix y la querella Ingrés-Delacroix, Carpeaux, el escultor de la Marselesa, Corot, Daumier, al horizonte el cincel de Rodin. Pero en busca de Rubén, vivo cerca del Sena y los puestos de libros tan amados de su Verlaine, ¿no nos dimos al devaneo delirantemente ansioso, con Courbet, Degas, Manet, Renoir, Cézanne, Gauguin, Lautrec, Wlaminck, Derain, Bonnard, Vouillard, Denis, saltos sobresaltados ante los Matisse, los Dufy; entre la ancha rueda del Luxemburgo nuestro Picasso español y pseudo-galo; veríamos todavía apalea el vandongeniano retrato de Anatole France, por no ser bastante "fauve"; hemos visto casi alucinados, en nuestro recuerdo, muy cerca de Leonardo y su "Gioconda", cómo cantaba alto y sin igual nuestro Goya, el gallo aragonés, soberano de todas las madrugadas pictóricas formales e informales, oh mis románticos, mis parnasianos, mis simbolistas, mis impresionistas, mis caballeros fieros de la vanguardia.

La primera noche, ha sido para un *Tristán e Isolda* de la gran ópera escuchado en el proscenio más alto y puestos escalofriantemente en la punta de los pies. La segunda, para un *Péleas* fascinante de Claudio Debussy.

Ojos cargados de visiones, queremos ir al encuentro del poeta vivo y desviviéndose por la poesía; cro-

nista desde París para Buenos Aires, pregonando que la Ciudad Luz “bien vale una misa”; allí el evangelista con su *Caravana* pasando, y sus *Prosas Profanas* ya aclamadas, barquito nuestro que va desde la “Rotonde” y los jardines donde *Cosmópolis* entera corta rosas, virando por la plaza de L’Alma y el grandioso canto a Polonia de Bourdelle —¿no hemos visto ya a la novia de Federico Chopin dejando el ramito de violetas en la estatua de Alfredo de Musset a la misma puerta de la “Comedie Française?—: Crucero hacia Chaillot-Passy-Auteuille, ruta de Honorato de Balzac, en su casa encontramos abierto un piano con el teclado amarillo y unos candelabros encendidos, sombras huyendo hacia la puerta que da al campo por donde el gran don Honorato se fugaba de los acreedores; rampa prodigiosa hasta el río, barquitos y barquitos; por aquí iba María Antonieta a visitar a su hermana Isabel, por aquí volaban los pensamientos de Molière, Racine y Boileau; muy cerca Ninon de Lenclós asomada en su belleza fabulosa; y la casa de salud de Gerardo de Nerval y el pabellón de Pierre Louys; por aquí France, la Noailles, Paul Valéry; en este Passy esculpía sus soberbios *Trofeos* parnasianos y españolísimos el cubano-francés José María de Heredia, y deambulaban con Maurois, mis amigos de los almuerzos de “Les Annales” de Adolfo Brisson e Ivonne Sarcey, mi “Universidad” y “Mi Revista”: “Soldados del año 14”, diría la nueva oda de Víctor Hugo.

Paralelo de la poesía; con los ojos en el fascinante panorama, al encuentro del que vive “desviviéndose”, aquel a quien Vázquez Díaz retrata en hábito de fraile.

Sin corona de rosas y laureles, penitente, en guardia ascética. En su Catedral de León de Nicaragua dormido impaganamente.

Yo os diría que así le veo hoy, mientras rodeado de sus libros dedicados y sus cartas —¿por qué no recordar las *Cartas de Rilke a un joven poeta*?— estoy tocando la gloria verdadera de aquel milagroso viaje del estudiante de San Carlos.

Era en el “Calysaya” famoso, donde Enrique Gómez Carrillo, mi amigo de la tertulia galdosiana, siempre en paso fugaz madrileño y príncipe universal de los cronistas en París, me había dado cita. Allí, el autor de *Pequeñas Almas de Aquí y de Allá*, —anfitrión mío también en su celebrísima revista *Cosmópolis*—, entregábame a la amistad de un Rubén Darío, majestuoso ante su vasito de verde ajeno, discutiendo en el instante con mi ya entonces amigo de Madrid Manuel Machado, capa y sombrero cordobés, andante por los bulevares.

Rubén, hombros fuertes y magno, frente ancha y bronceada, ojos opalinos, resplandor deífico, hablar cadencioso, mano viva su mano de “indio y de marqués” trazando rápidos arcos en el aire. Me miró, me apretó la mano casi con aspereza pero sabiéndome ya a ternura; oyó lo de “joven poeta” que decía Carrillo al presentarme, sin mostrar mayor interés y, en cambio, casi estrepitosamente aplaudió cuando oía que el jovencito estaba haciéndose médico en Madrid.

La cita para el siguiente día en la rue Legendre fue algo fulminante y de indecible afectuosidad.

Francisca viajaría a Madrid con el estudiante de medicina, que encinta de Rubén estaba y cuyo hijo —“sangre de Hispania fecunda”— no podía nacer en otro suelo, ni bajo otro sol que el sin igual y nunca puesto de España. Así las solemnes y vehementes palabras del maestro.

Y fue tarde de fiesta en el “convento” de Rubén. Hay montañas de libros que ascienden hasta la cima del piano solitario en el recibidor. Francisca no recordaba en mucho tiempo que su rey bebiera una bebida tan suave y rubia como el champagne, prefiriéndola siempre fuerte y bronca; tampoco que con los labios tan untados de espuma celeste recitara los versos preferidos, voz aquella de recio, raro, mágico trovador del trópico con estrofas para finas doncellas de la Corte.

Francisca Sánchez era blanca, era bella, muy bella, con su cabello negro, sedoso, partido en dos hasta el río de las trenzas largas, bien largas; ahora la recuerdo con sus dos ondas de ébano, un tanto como a Cléo —la amiga insigne y casta, voluntad enclaustrada junto al Parque Monceau frente a mi Embajada, aquí tengo la firma de Rubén sobre la esculturita de Cléo de Merode—; Francisca tenía una sonrisa clara, transparente, unos ojos verdes, esmaltados, moldura esbelta prodigiosa de aldeana abulense parada en el camino de aquellos tiempos cuando pasaban las carrozas de los príncipes, tal Rubén la encontró; los príncipes que se

enamoraban de las rústicas que parecían hijas de reyes. Francisca era suave, dulce, candorosa, entera flor de realeza, digna de la pasión súbita del “príncipe”.

¡Aquella tarde! *Era en Lutecia, acacias florecidas, — con mi Verlaine galante hacia la fiesta, — el viento suave, las musas prevenidas, — la barca de Rubén enguirnaldada y presta — ¡oh, viaje prodigioso de música no oída! — hechizo del doncel; la historia es ésta... ¡mis versos!*

Fijos en mí están sus ojos, su mirada ardiente y mística desde una inefabilidad franciscana, que así era el formidable Rubén. Así era en aquella tarde de versos, de quimeras, de néctares, de música obsesionada y grandiosa fundiéndose al fin en la luz de un amanecer azul, suave como el terciopelo, la voz orquestal girando en el aire, “un soplo de las mágicas fragancias” — que hicieran los delirios de las lirás—, en las Grecias, las Romas y las Francias; era frescor de heno, calor caliente de los trópicos, aroma de las rosas de “Bagatelle”, olor de los tomillos y de las verdes encinas de Castilla.

Rue Legendre, casi cenobio, olimpo del “dios” indio. Le había escuchado: *Verlaine es más que Sócrates y Arsenio — Houssaye supera al viejo Anacreonte. — En París reinan el amor y el genio; — ha perdido su imperio el dios bifronte.*

En el cielo, cuando nos despedíamos, había pintadas “Chipres, Pafos, Tempes y Amatuntes. *Era un*

*aire suave de pausados giros; — el hada armonía ritmaba sus vuelos*”; era la voz, la voz orquestal del padre y maestro, mágico liróforo celeste.

Alzado quedaba el arco de triunfo. La amistad con Rubén.

Ahora, como os he prometido, aquí extiendo mis credenciales; en esta llamada que me habéis hecho, os doy fe de la autenticidad de mi tesoro.

Los maravillosos recuerdos del viajero a París con sus *Primeras Estrofas* del año 1901; las reliquias guardadas y que apenas saben de otro aire, como no sea el de mi corazón.

He aquí, los libros dedicados, las cartas, el relicario donde guardo un trozo divino de una juventud que me parece no ida, tal si la retuviera ahora con mi palpito para lo eterno.

Aquí los versos de *Prosas profanas*, con los cuales Tomás y yo bajo el techo del “limpio hospedaje” estudiantil, tal lo contado para mis *Moradas de Amor* en *Las Rosas de Hércules*. Con libros iguales iba yo de embajador hasta Juan Ramón Jiménez, febril y enclaustrado entonces en la Residencia histórica de los Altos del Hipódromo madrileño.

Aquí, las cartas con la imagen de Francisca, la “Princesa” por mí celada en el parto callado y sensacional del “primer Rubén”; y el retorno a las orillas

del Sena donde la barca de Rubén esperaba a Francisca hecha madre.

Sólo otra vez vi a Rubén, en cierta tarde paseando por Madrid con Nilo Fabra y en ruta precisamente hacia el entonces Embajador de Nicaragua; caímos de pronto e inesperadamente en sus brazos; apenas habíamos comenzado el diálogo cuando se nos echaba delirantemente a correr calle de Alcalá arriba alcanzándolo difícilmente. No le vería más.

Estoy recordando otra tarde triste del 1916, cuando disponiéndome a partir para mi nuevo gran periplo de 16 años en París, aquí en Las Palmas con el llanto por Rubén le cantábamos, acompañados de Alonso Quesada, el responso imprevisto; versos en los labios emocionados de Alonso, violín de José Avellaneda, piano de Miguel Benítez Inglott. Era en “Los Doce”, nuestras palabras terminaban con el diálogo escalofriante de Rubén: *En la Isla en que detiene su esquiife el argonauta — del inmortal ensueño, donde la eterna pauta — de las liras escuchan — y la sirena blanca va a ver el sol —, la muerte es de la vida inseparable hermana —, la muerte es la victoria de la progenie humana...*

Aquí, ante vosotros estoy con las cartas escritas por su mano. Con los libros dedicados. Firme es la letra y los años parecen afirmarla más y más. Os las voy a proyectar, os voy a leer algunos de estos imponderables mensajes del poeta, cuya escritura era de hermoso, armoniosísimo trazo, como veréis.

París-10-Marzo-1903

*Mi distinguido amigo y compañero: Supongo habrá V. llegado bien a ese Madrid que deseo volver a ver tanto. No deje de enviarme sus impresiones de París si las publica, y todo lo demás suyo. Crea V. que ha dejado en esta su casa un amigo cierto.*

*Le comunico que Francisca se ha mudado después de llegar a esa villa y estar unos días con su familia. Vive, calle de la Ilustración n.º 7. Como V. fue tan amable para ofrecerme llevar al amigo médico, se lo indico.*

*Esperando tener noticias tuyas, soy su afectísimo, amigo.*

*R. Darío.*

*166 - rue Legendre.*

Esta su primera carta dice del interés por Francisca; Rubén me comunica lo que ya sabía por ella; haber cambiado de domicilio y el reconocimiento médico previsto ya en vísperas del acontecimiento en torno al cual todo gira.

Segunda carta :

París 6 abril 1903

*Mi distinguido amigo: Van estas líneas para agradecerle sus amabilidades. Francisca me ha escrito, y estoy, demás decirle, muy reconocido con V. Nuestra amistad, pues, se afirma verdadera, fuera de las letras, fuera del arte, en donde su talento fresco y ágil se me ha hecho tan simpático.*

*¿Ve V. al poeta Jiménez? Si le ve dígame que hasta hoy 6, no he recibido la revista que me anuncia. Que pronto le escribiré largo y le enviaré las Prosas.*

*Un afectuoso apretón de manos, y créame cordialmente suyo.*

*R. Darío.*



Tercera carta :

*París 19 mayo 1903*

*Querido amigo: Mucho le agradezco su amabilidad de haberme puesto inmediatamente el telegrama que tanto esperaba.*

*La noticia ha sido excelente, y espero que la pobre Francisca tenga una pronta y feliz convalecencia.*

*No le he enviado el libro La Caravana pasa, porque, como ya le he dicho, el editor es una vieja bestia que no lanza el volumen, ya impreso porque aún no le da la gana.*

*Y usted ¿qué ha hecho de nuevo? La hoja de álbum que me anunció llegaría de Canarias, no ha venido.*

*Sin más, créame su compañero y amigo afectísimo.*

*Rubén Darío.*

Cómo habéis visto se ha producido el *acontecimiento* feliz del parto de Francisca y celebra la noticia el poeta que le ha comunicado por telégrafo agradeciéndola, sin olvidarse por ello de llamar "bestia" a Garnier, el editor famoso.

Algunas postales :

*París 21 marzo 1903*

*Mi querido compañero y amigo: Gracias por su amable carta y por lo que me dice de Francisca. Es muy difícil para mí moverme ahora de París, si no iría a pasar unos días a Madrid. Recibí sus versos. Son cordiales, armoniosos, sentidos. Espero que me envíe lo más que publique. Yo le mandaré dentro de unos días mi nuevo libro La Caravana pasa... A Carrillo, aunque le parezca extraño, le veo poco. Le entregaré cuando venga (ahora está ausente de París) su carta y su libro. Créame, sinceramente, abiertamente, su amigo.*

*R. Darío.*

París, mayo - 5 - 1903

*Querido amigo: Mil y mil ocupaciones me han impedido contestarle sus amables letras. Mucho le agradezco su felicitación, y las noticias que me da de Francisca, de quien recibo cartas con frecuencia. Carrillo me dice siempre que le va a escribir. Yo no le he enviado La Caravana pasa, sencillamente porque no ha salido por culpa de Garnier, que es un asno. Si ve a Jiménez, dígame que no le he mandado Prosas porque quiero enviárselas con una página especial.*

*No he recibido la hoja de álbum de Canarias.*

*Con afecto le saluda, su amigo.*

*R. Darío.*

Paris - 10 - Mayo 1953

Mi distinguida amiga y compañeros,

Supongo habrá V. Hecho  
do bien a se Madrid que neces  
volver a ver tanto. No deje de  
comunicar sus impresiones de París  
si los publica, y todo lo demás  
suyo. Crea V. que ha dejado un  
ata en casa un amigo cierto.

Le comunico que mi chica  
se ha mudado después de llegar a  
esa villa y estas unos días con su  
familia. Vive, Calle de la Ilustración  
nº 7. Como V. fue tan amable

para operarme llevar a su  
mijo médico, se lo indico.

Esperando tener noticias  
suyas, soy a fin. J. y am. p.

Diego Darío

166 - Rva Legendre.

Paris 6 Abril 1903

Mi distinguido amigo,

Tan estas li-

neas para agradecer sus a-  
mabilidades Franciska en la  
escrito, y otro, como escritos,  
muy reconocido con usted. Nuestra  
actividad, pues, de afuera, verda-  
dera, fuera de las letras, pues  
el arte, en toda su talento pres-  
co y agil se, me ha hecho tan  
simpatico.

Vc V. al poeta Jimmy?

Paris. 19. Mayo 1903

Querido amigo,

Mucho le agradezco su amabilidad de haberme puesto inmediatamente el telegrama que tanto esperaba.

Su noticia ha sido excelente, y espero que la pobre Francisca tenga una pronta y feliz convalecencia.

No le he enviado el

libro La Caravana para, por-  
que, como ya le he dicho, el  
editor es una vieja bestia  
que no lanza el volumen,  
ya impreso, porque aun  
no le da la gana.

J. V. que le he dicho de un-  
no? La hoja de album  
que me anunció Ulfonia  
de Canarias, no ha venido.

Sin mas, créame su  
compañero y amigo afec-  
tísimo

Quintanilla

libro La Caramana para, por-  
que, como ya te he dicho, el  
editor es una vieja bestia  
que no lanza el volumen,  
ya impreso, porque aun  
no le da la gana.

¿V. qué te he dicho de un-  
no? La hoja de album  
que me anunció Alegria  
de Canarias, no ha venido.

Sin mas, créame su  
compañero y amigo afec-  
tísimo

Quintana

Paris - 21 - Marzo - 1933.

Mi querido imprevisor y amigo Gracias por un  
accesible carta y por lo que me dice de Francisco. Es  
muy difícil para mí moverme ahora de Paris, y sería  
a veces ir a Madrid recibir sus nuevos. Son los  
días, ormosivos, sentidos Espero que me envíe  
unos que publique. Yo le mandaré dentro de unos días  
mi nuevo libro La Caravana para... A Carrillo aunque le  
reco extraño, le voy poco. Le entregaré cuando venga (ahora  
está ausente de Paris) su carta y su libro. Creame, con  
Entusiasmo, abintamente, por amigo. R. Davis

Paiz. 9 Nov. 1903

Querido amigo,

Mil y mil gracias por su carta,  
tan llena de su habitual amabilidad para con-  
migo. Mañana le iré la Cararoma para...  
Francisca le saluda afectuosamente. Del chico  
tenemos muy buenas noticias. Está en el pueblo.

Cordiales recuerdos a Palominos y demás aquí;  
yo, y crea V. en el cariño y amistad de su  
nieto. Quéén Dito



Señor F. L. Dorresté  
45. Calle de San Bernardo  
Masís  
Espagne

País. Mayo 5 - 1903

Lucinda amigo,

Mil y mil ocupaciones me han impedido  
~~con~~ ~~ver~~ ~~su~~ ~~amables~~ ~~letras~~ Mucho le agradezco su fe-  
~~licitación~~, y las noticias que me da de Francisca, de quien  
recibo cartas con frecuencia. Canillo me dice siempre que  
le va a escribir. Yo no le he enviado "La Caravana" por-  
que no ha salido, por culpa de Garriser,  
por ser un admo. Si va a Jimenez, dícale que no le  
devuelva Prasas porque quiero enviárselas con una página  
especial.

No le envío la hoja de album de Canarias.

Con afecto la saluda, su amigo,

O. Canino



Rubén Darío y Francisca Sánchez.

París 9 Nov. 1903

*Querido amigo: Mil y mil gracias por su carta tan llena de su habitual amabilidad para conmigo. Mañana le irá La Caravana pasa.*

*Francisca le saluda afectuosamente. Del chico tenemos muy buenas noticias. Está en el pueblo.*

*Cordiales recuerdos a Palomero y demás amigos, y crea V. en el cariño y amistad de su amigo.*

*Rubén Darío.*

\* \* \*

De estas tres anchas postales, donde para el célebre Garnier queda consignado el nuevo piropo de "asno", con las noticias de Gómez Carrillo, el recado para Juan Ramón Jiménez y siempre la imagen de Francisca, con más las bondades del maestro, podría extraerse ciertamente un capítulo de historia con valor más que anecdótico.

Aunque ya bien larga esta charla mía, considero sería imperdonable que no os diera también lectura de unas cartas verticales a esta correspondencia de Rubén y su valoración verdaderamente consagrada; cartas interesantísimas también por su contenido y recibidas por mí cuando todavía viva, en su ancianidad, Francisca Sánchez retornada a su pueblecito de Avila muerto Rubén Darío; cartas del "Archivo Seminario" de Rubén Darío y que dicen así, y por su orden:

*Seminario Archivo  
Rubén Darío*

*Madrid a 18 de junio de 1958*

*Sr. Don Luis Doreste Silva  
Las Palmas*

*Muy señor mío: por don Andrés Vega Bolaños, el simpático ex-embajador de Nicaragua y por el Archivo de Darío, sé de su amistad con el gran poeta. Pero los datos del Archivo nos enteran de sus encuentros en París y en Madrid con el poeta. Nos interesa muchísimo saber si Darío vivió o pasó por Canarias en viaje trasatlántico y si en alguna de estas travesías Vds. se vieron en Canarias.*

*Por otra parte, por muy íntimas que sean las cosas que Vd. sepa del gran poeta, tenga en cuenta que en el Archivo entregado al Ministerio por doña Francisca Sánchez que aún vive, tenemos toda su vida verdadera que en la biografía que yo preparo trataré con suma discreción. Cualquier copia o fotocopia de autógrafa dariano que usted nos envíe, sería de valor excepcional para la historia literaria y su nombre quedaría una vez más unida a ella.*

*En espera de sus gratas noticias o de sus encargos para Doña Francisca, que le transmitiré con mucho gusto, le saluda con todo respeto y simpatía*

*Antonio Oliver.*

*S/c Antonio Oliver Belmás, Ferraz 71, Madrid.*

La segunda carta :

*Seminario Archivo  
Rubén Darío*

*Madrid a 17 de julio de 1958*

*Sr. Don Luis Doreste Silva  
Las Palmas*

*Muy distinguido amigo: muchas gracias por la distinción que me ha dispensado con su amable carta y comprendo, aunque siento, su determinación. Precisamente ayer nos ha obsequiado con dos fotocopias de autógrafos de Rubén don Francisco Hernández Pinzón, sobrino carnal y heredero del gran poeta Juan Ramón Jiménez. Don Enrique Espín también anteriormente nos obsequió una fotocopia del poema "Niñas, que daís al viento" y así otras varias personas. De todos modos, como yo, por mi beca Juan March, estoy escribiendo la nueva biografía de Darío lo citaré a usted con todo afecto y en su lugar oportuno. Claro, don Luis, que con una fotocopia de alguna de esas cartas, usted quedaría mejor. Yo espero siempre su decisión en este aspecto.*

*Poseemos fotografías del primer Rubén Darío Sánchez, el hijo de Rubén a cuyo alumbramiento usted ayudó con tanta eficacia, niño que, como usted sabe, murió no mayor de cuatro años en la Sierra de Gredos, en Navalsauz, de una bronconeumonía. Hay biógrafos de Rubén —Francisco Contreras el chileno— que ase-*

*guran que este niño era raquítrico. Por las fotos y por el testimonio de doña Francisca, yo creo lo contrario. El juicio de usted al respecto es definitivo ¿Me quiere usted decir, querido don Luis, si Rubén Darío Sánchez, literariamente Phocas el Campesino, nació endeble y raquítrico?*

*Se lo agradeceré infinitamente. Doña Francisca, precisamente, pasa en Navalsauz, unos días del verano. Le hablaré de usted en cuanto la vea. Escríbale a ese pueblo de Ávila.*

*Con todo afecto, su cordial y buen amigo*

*Antonio Oliver.*

*Mucho me interesa conocer su libro de versos. Si le quedan ejemplares díganos cómo podemos adquirirlos.*

\* \* \*

Sobra ponerle acotación a estas cartas.

Sólo me resta decirles gracias, el clásico pedirles perdón por mis muchas faltas, deseando no haberos cansado demasiado; feliz con la suerte de haberos podido comunicar un tanto y casi improvisadamente mi sincera y profunda emoción al evocar al Rubén “de mi juventud” en París. Muchas gracias, todavía de este “ochentón” que tuvo entre sus viejas manos las del más genial poeta de nuestra lengua construyendo versos no oídos.

PEDRO PERDOMO ACEDO

RUBÉN,  
PIEZA DE CAZA

POCOS meses después de los desastres de Cavite y Santiago, el gran diario bonaerense *La Nación* designa a Rubén Darío corresponsal en España. El ya mítico personaje viene asistido por la fama de sus libros de poesía *Azul y Prosas profanas*. El primero —de verso y prosa— todavía abocetante había merecido los inteligentes elogios de Valera, que a su vez abocetó la emergente personalidad literaria de Rubén; en el segundo, culmina la nueva orientación de la poesía de lengua castellana, muy embutida esta vez de vocablos y acentos franceses, pero superando a sus modelos Banville y Gautier; libro que, por cierto, termina persiguiendo una forma que no encuentra su estilo.

Ya está Rubén de nuevo en España, y para larga residencia. Cuando llegue a Madrid habremos de verle convertido en centro de la vida literaria. No solamente “es el más melodioso poeta que hayan escuchado jamás orejas hispanas”, sino que está llamado a producir en

todas las literaturas hispánicas una conmoción que antes sólo habían realizado Garcilaso y Góngora. El modernismo viene con él para afincarse; el modernismo es en realidad el movimiento de una inmensa ola cuya inundación aparente durará varios años, y a Rubén, su más destacado profeta, se le considera superior a todos los adjetivos: inadjetivable; inspirado hasta un punto de locura; sincero hasta lo artificioso; capaz de fundir a su medida todas las fórmulas este-reotipadas; generoso hasta la pobreza; plenamente poseso por ese “mal de amor” que Macaulay consideraba esencial para ser poeta; y, en fin, con “el poder de vivir hasta la muerte — ante la eternidad de lo probable”. ¿No llegó a decir Gabriel Alomar: “Yo no concedo a España más que tres poetas de verdadero estro lírico, que son San Juan de la Cruz, Fray Luis de León y Rubén Darío?”

El momento es propicio porque —y esto cimentará la gloria de la generación del 98— los jóvenes están revisando la tabla de valores un poco nietzscheanamente. Rubén asiste a sus reuniones; en la del café Madrid lo conoce Ricardo Baroja, que nos describe así su traza corpórea:

“Es corpulento, de cabeza gruesa. El cabello tiene tendencia a arrollarse en pasa. Se sienta en lugar principal... En su tez aceituna apenas se entreabren los ojos pequeños, negrísimo, velados por esa vaga nostalgia que presta el sol ecuatorial a los hombres de raza negra. Sus ademanes son tardos; parece anquilosado bajo el chaleco y el chaqué que le oprimen el torso.

Apenas habla, parece que tampoco escucha, pero cuando Palomero lanza, con su voz cavernosa, algún sarcasmo; cuando Benavente hace algún epigrama o Valle Inclán sentencia, el paralizado personaje murmura: ¡Admirable! ¡Admirable!— y torna a su inmovilidad de Buda en éxtasis.

Entre los labios gruesos de su boca silenciosa pasan hacia dentro ríos de cerveza, y a medida que la mesa se llena de botellas vacías los ojos del bebedor son más opacos”.

El incansable bebedor es el poeta Rubén Darío: de ese modo alimentaba copiosamente su imaginación, “fuerte droga que nos permite escapar al peso grave de la existencia”.

Pero —añade Ortega— “de la conversación ordinaria a la poesía no hay pasarela. Todo tiene que morir antes para renacer luego convertido en metáfora y en reverberación sentimental. Esto viene a enseñarnos Rubén Darío, el indio divino, domesticador de palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética. Ha llenado diez años de nuestra historia literaria” (1912); y la llenó justamente con los frutos de su silencio, ya que en gran parte le faltó el sentido social, que es el verdadero sentido común de la especie; de un silencio, que por otra parte, según Valéry, es “la fuente extraña de los poemas”.

El triunfo de Rubén en Madrid fue asombroso,

claro que especialmente entre la “inmensa minoría” que comenzaba a imprimir nuevo rumbo a las preocupaciones nacionales; y enorme su influencia, consistente “en dar voz a tendencias profundas que no saben expresarse” (Bataillon), con lo que el vaticinio de Rodó tuvo exacto cumplimiento: “El poeta viaja ahora a España (.....) Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llegada pueda ser el signo de una renovación, acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta”, porque, en efecto, según se ha dicho, muy autorizadamente, con él “Cervantes nos habrá devuelto el mundo que nos dio Colón y que las vicisitudes históricas nos arrebataron” (González Blanco). ¡Y qué bien conquistó Darío el pasavante que le autorizaba para embanderarse en España!, pues estuvo desde el primer momento “con la España que acaba y la que empieza” (verso, sea dicho entre paréntesis, que presagía futuros acentos de nuestro gran poeta cívico Antonio Machado).

Rubén era un personaje ni sobrehumano ni infrahumano; sencillamente un hombre, “esa extraña criatura que, según Ortega, va por el mundo llevando siempre dentro un reo y un juez, los cuales son siempre él mismo”. De él decía Valle Inclán: “Era esencialmente bueno. Tenía fallos de hombre. Pero ninguno de los pecados del ángel: ni ira, ni soberbia, ni envidia”; y como el agudo Chesterton dijo del complejo Browning, “no le envanecía el ser un hombre extra-

ordinario, sólo se mostraba un tanto excesivamente en-  
vanecido de ser un hombre ordinario”.

Cuáles sean esas fallas humanas que Valle Inclán señala al “índico y profundo” Rubén Darío casi no sea necesario mencionarlas: embriaguez y lujuria; fallas, por otra parte, constitutivas en mayor o menor grado de la personalidad humana, que “navega llevando en la sentina el botín de los aciertos junto a la cosecha de los errores, como lleva en el idioma una potencia de enlace y otra de desunión”.

Ya lo hemos visto en el café madrileño trasegando abundante cerveza, mas, a nivel diplomático, la biografía de Edelberto Torres nos asegura estotro :

“Huelga decir que desde su llegada a Madrid no ha pasado un solo día sin apurar, rodeado de amigos, grandes dosis del fuerte y popular “chinchón”, que lo mantiene en la condición menos apta para el ajetreo diplomático en que quería meterse. Apenas ha podido asistir al banquete que la Unión Iberoamericana, que preside el señor Rodríguez Sampedro, ha celebrado en honor suyo y de Vargas Vila. Los señores de la “Unión”, como lo expresa el nombre del Instituto, trabajan por la aproximación de los pueblos de habla hispánica; de ahí el acogimiento que hacen a las gentes de valía que llegan de las tierras ultramarinas, y de ahí el banquete para nuestros escritores y un acto académico que se disponen a celebrar en su honor. Darío ofrece asistir y tomar parte en él, a cuyo fin escribirá algo. Los unionistas se alegran, acariciando la

idea de un sonado acto literario que contribuirá a hacer extensible su actitud fraterna para con sus colegas americanos. Los días transcurren, y Darío no ha escrito nada, porque no ha estado en condiciones de hacerlo. Se ha señalado ya una fecha improrrogable para la celebración de la velada, y no tiene preparado su trabajo. Llega la víspera y él está presa de los diablos del alcohol; pero ese día lo vigilan guardias amigos, entre ellos Palacio Viso. Hay allí otros, simples cortesanos del poeta, que, incapaces de estimarlo, sólo lo explotan. Palacio Viso los neutraliza y se queda asistiéndolo para que se pueda poner en trance creador. Las horas de la noche van pasando sin que reaccione, pero a eso de las dos de la mañana se incorpora quedando meditativo y silencioso bajo la potente concentración mental que hace. Es el síntoma inequívoco de la posesión de la musa. En efecto, en seguida se pone a escribir. La mano va y viene en la blanca cuartilla que se va cubriendo de negros renglones. El cuerpo se agita, tiembla como bajo la acción de descargas eléctricas, el silencio sólo se interrumpe por el fino rumor de la pluma al correr vertiginosa por el papel. Antes que el sol aparezca, lee a los atónitos amigos la “Salutación del Optimista”: *Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...*”

¡Inesperado poder creador de la resaca! Ebrio, y no por azar, ya que éste ha sido calificado como “intención vacía de contenido”; ebrio para inspirarse, para ir a más y producir esa estupenda “Salutación del Optimista”, uno de los ápices de nuestra poesía de todos los tiempos.



Rubén Darío en 1898.



Rubén Darío con Guido, el propietario de *Mundial*.  
(Fotografía tomada en Barcelona, 1912).

La escena hubiese sorprendido a Dionysos, descubridor del brebaje —y no un brebaje cualquiera, como la vaca de la canción— que libera a los humanos de sus pesadumbres con el sueño reparador a través del olvido.

Y aquí vendría a cuento una disquisición sobre el alcohol considerado como factor del lenguaje; algún tratadista atribuye a sus efectos nada menos que el enriquecimiento del vocabulario y la liberación de la sintaxis, por lo que no puede extrañarnos que se considere a Baco como un buen dios.

Pero no a todos parece indiscutible el significado del rito y son muchos los que consideran como un gesto sin contenido el hecho de levantar la copa hasta la altura de los labios antes de aprestar éstos al paladeo del brebaje que se haya escanciado.

La verdad es que lejos de ser Baco un buen dios para Rubén fue su auténtico demonio y que las horas demoníacas atormentaron su vida lamentablemente; y uno de sus biógrafos, el argentino Arturo Capdevila, nos habla así de ello:

“Triste todo esto. Triste el frío de la vida. Triste que R. D. fuese rodando al silencio y a la muerte. Demonio horrible que fue siempre el atormentado dolor del poeta, y no, como algunos quisieran creer, su risueño diosecillo y deleitoso compañero. Demonio horrible contra el cual luchó cuanto pudo y al que ni siquiera alguna fugaz inspiración le debió; que, lejos de exaltarlo, siempre lo apagaba y abatía.

—“¿Qué le pasa, Rubén?”

—“Nada, sino que no pienso ni siento cosa alguna; que estoy como muerto en un sepulcro”.

Pero J.R.J., dariano de acción a su tiempo, rectifica como testigo presencial la versión recogida por Edelberto Torres:

“Siesta. Yo le suplico que no beba más whisky. Como me quiere mucho, para no disgustarme instala su bodega —whisky, soda, martel, mariscos— en el dormitorio. Con la luz encendida lo veo beber por el cristal pintado y rayado; beber, comer, enjuagarse la boca, volver serio al despacho. (...) Dicta a un amanuense la “Salutación del Optimista” a dos exámetros por día”. Es decir, no rápidas horas de la madrugada, sino treinta días destilando los 59 exámetros de que consta el poema. ¡Y qué trabajo —exclamaba Baudelaire— ese objeto de lujo que se llama poesía!; y lo de Alain: “La ley suprema de la invención es que nada se inventa sino trabajando”; a lo que podrían añadirse estos versos del propio Rubén:

*Pereza es la palabra del Infierno,  
y la palabra del Señor, Trabajo.*

Pero hay más, y Juan Ramón recuerda la Fiesta Iberoamericana en que Darío leyó la citada “Salutación del Optimista”, y Vargas Vila, “unos salmos que provocaron durante dos horas tormentas de chufas (...) La gente se burla —añade—. Empieza el tijereteo de aquí y allá”. ¡Pobre Rubén! Reduciéndolos

al absurdo puede un Vargas Vila, hinchado y caricaturesco, descubrirnos lo que de adventicio pueda haber en la obra de un Darío o de un Valle Inclán.

Los periódicos festivos de entonces y después llaman “cisne de profesión” a uno, figurón carnavalesco al otro, etcétera. No nos rasguemos las vestiduras; es fácil hacer presa en el anti-Rubén que el propio Darío comporta; en todas partes cuecen habas y a este respecto es preciso recordar que el célebre crítico Jules Lemaître se reía a mandíbula batiente de Verlaine. Pero no se reía con saña, sino con humor, que es también uno de los aspectos de la poesía.

El clima del 98 era altamente propicio a la pululación de la literatura satírica, propia de las épocas de transición, cuando ofrecen señales de inoperancia las estructuras sociales, religiosas, políticas y económicas sin que, sin embargo, surgiesen los sarcasmos de Horacio, la acedumbre de Juvenal o la violencia de Marcial en Roma ni las cáusticas expresiones de Rabelais y de Hugo en Francia o de Swift en Inglaterra.

Sin llegar, salvo contados casos, a estos altísimos niveles, la literatura meramente cómica de la decadencia española redujo su campo de tiro hasta convertirse en puramente festiva, como de verbena, donde el regocijo popular suele expansionarse en demostraciones de resentimiento, diálogos chabacanos, y en general, una alarmante falta de mutuo respeto. Fue el imperio de lo castizo, a falta de otro que acabábamos de per-

der; expresión del recelo ante la novedad; la curiosa superstición de los pueblos colonizados o excolonizadores viendo con disgusto que todas las cosas nuevas provienen de las cosas buenas o malas que lleguen al país.

Ningún ejemplo mejor que el de don Juan Valera para señalar, posiblemente en el más alto nivel de su tiempo, esta situación. “Don Juan Valera es del siglo XVIII —decía en su momento Ortega y Gasset—; tiene la fría malignidad de los enciclopedistas y su noble manera de decir”. En un inteligente juego de descartes fue el primero en reconocer la importante personalidad de Darío. Estaba hecho para comprenderlo, no para amarlo, y así, dando marcha atrás en sus elogios del libro *Azul*, aconsejaba a Rueda (en su *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*), iniciando inesperadamente un movimiento retrógrado:

“Apártese, pues, de los propósitos audaces a que le induce R. D. en el pórtico de *En tropel*. Huya de las *bacantes modernas* que despiertan *locas hujurias*; no busque los labios *quemantes de humanas sirenas*; arroje al suelo el yelmo de acero, el *broncíneo olifante* y los demás trastos que su amigo le regala”, pues la república de las letras españolas “quiere y debe conservar su independencia sin someterse a ningún emperador transpirenaico, por florida que tenga la barba”. (Contrariamente don José Zorrilla, que acaso no lo comprendiera, lo amó).

Pero en fin, que cada cual amaestre su *Gedeón*,

y entretanto “llena la copa y bebe; la fuente está en ti mismo”; lo cierto es que el magnífico nicaragüense logró hacer saltar los quicios a la poesía de su tiempo, indudablemente enmohecida y sin juego de apertura a las nuevas tendencias, realizando el sueño de *Clarín*: “en la poesía castellana hace falta una revolución rítmica”.

Esta se puso en marcha, y como toda revolución, significa al propio tiempo una revelación: la del propio Darío. Por primera vez un hermano de Iberoamérica pontifica egregiamente, ciudadano de honor de la lengua, para toda España, la de acá y la de allá; y de él pudiera decirse lo que Mathew Arnold de Heine: “Por la perfección de su forma literaria, por su amor a la sinceridad y la belleza, es griego; por su calidad indómita, por el anhelo que no puede expresarse, es hebreo”.

“Rubén Darío, Rubén Darío —exclama Juan Ramón en *El modernismo*, un libro que es el auténtico Juan Ramón de viva voz—, ¿por qué? Porque es él mucho más vasto, más amplio, más rico que los demás y por lo tanto es como el significado, la síntesis de los poetas modernistas hispanoamericanos”.

Y podríamos añadirle que así fue porque Rubén Darío aportó en forma superlativa el genio de la concepción desposado con el ardor de la ejecución. Como Zorrilla le había augurado fue el patriarca de los poetas; su prole lo atestigua largamente. El poder de emisión ha superado al receptivo.

¡Magnífico mestizo, llamado a gloria universal!

En su prólogo a la *Visión griega del Greco* por A. Evers, el Dr. Marañón especula sobre los hombres que como Darío llegan a ser universales:

“Los hombres de una raza pura —dice— no son jamás universales. Pueden ser grandes hombres, héroes, artistas insignes, descubridores o mártires, pero no poseen esa red confusa de antenas que liga al ser universal con las raíces del cosmos. Esto sólo se da en aquellos ejemplares que proceden de razas complejas, trabajadas por la antigüedad y el repetido cruce, crisol de muchas sangres en que destila lo bueno y lo malo de las generaciones milenarias y cuyo último precipitado es el sentido cósmico, casi divino, de lo universal”.

Pero “lo universal corre el peligro de confundirse con lo internacional. Lo nacional corre el peligro de confundirse con el costumbrismo” ¡Y qué bien, repetimos, salvó Rubén esos escollos, aunque a veces lo viéramos tambalearse, como si hubiese perdido el Norte! Como lo vemos indeciso cuando siente surgir la vocación poética e interroga a las Musas:

*¿Qué ley ha de seguir el que el vibrante  
bordón del arpa pulsa?*

y solicita de ellas que le digan si debe entonar marciales himnos, épicos cantos, o sonos modernos:

*Decidme si he de alzar voces altivas  
ensalzando el espíritu moderno.*

.....

*Hoy el rayo de Júpiter Olímpico  
es esclavo de Franklin y de Edison.*

.....  
*Todo acabó. Decidme, sacras Musas,  
¿cómo cantar en este aciago tiempo  
en que hasta los humanos orgullosos  
pretenden arrojar a Dios del cielo?*

(1885)

Y un año después le dice a Daniel Desbón :

*Soy el marino Simbad;  
para mí navego bad,  
para ti navego well...*

.....  
*No olvides, amigo mío,  
ya cuando esté en otros climas,  
que aquí ha dejado sus rimas  
Rubén Darío.*

(1886)

Por esos años vierte su estro en álbumes y abanicos, recita brindis en múltiples bodas y homenajes, va dejando estelas de sonetos, liras, silvas, serventesios, ovillejos, romances, letrillas, doloras :

*Melancólico y sombrío,  
allá va. ¿Sabéis quién es?  
Oíd, si lo ignoráis, pues:  
El vate Rubén Darío,*

(1882)

También decía entonces :

*¡Qué cosa tan singular!  
¡Ese joven literato  
aún se sabe persignar!*

Entre abundantes bibelots poéticos,

*aboli bibelot d'inéanité sonore* [Mallarmé],

Rubén tiene conciencia de lo que hace :

*y voy dando poco a poco  
agua de mi manantial.*

Sí; dice el proverbio chino que gota a gota se va creando un río y su largo poema *La poesía castellana* nos va a servir para determinar la procedencia de sus ondas en 1886 : el Cid, Alfonso X, Juan de Mena, Marqués de Santillana, Jorge Manrique, Garcilaso, Fray Luis de León, Herrera, Lope, los Argensola, Góngora, Quevedo, Calderón, Hartzzenbusch, Velarde, Bécquer, Núñez de Arce, Bretón, Antonio de Trueba, Emilio Ferrari y Campoamor, en el viejo continente, y en el nuevo, Avellaneda, Mármol, Arboleda, Andrés Bello, Olmedo, los Heredia, los Cano, los Palma y los Marroquín; es decir, cuantos por una parte incluía la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, que había leído mientras fue bibliotecario y, por otra, los autores del hemisferio más conocidos por esas calendas; tabla de valores que se estranguló cuando Hugo, con su colaborador el Momotombo, produjo en la América hispánica una profunda erupción literaria de tan beneficiosas consecuencias; y en *El banquillo*,

imitación del propio Hugo, siendo protagonistas El Hombre y El Arbol, apunta el primer brote de un tema que habría de retoñar posteriormente en la *Tragedia del coso*.

Ya Rubén estaba sintiendo las evoluciones de su potencia genial, mas el desarrollo del genio no lo regula ninguna ley y por lo mismo debe encontrar su camino, ejercitar su acción y romper, si fuese necesario, la armonía natural, que constantemente se transformará, sin que por ello tienda a desaparecer del mundo, pues no hay bien fuera de la libertad.

Pero, oh Valéry, al fondo de cada pensamiento hay un suspiro. Y Rubén lo sabía :

*Nadie ha visto mis pensamientos  
del modo que se deben ver.*

.....  
*¡Miseria de no ser más  
que continuación errante  
de los que van adelante  
y los que vienen atrás!*

Por esta época la poesía de Rubén es homogénea, tanto que a veces produce la impresión de que se autoparodia, cuando en realidad se autorrepite, recanta y estremece como el agua; el río comienza a ponerse en marcha y es imposible seguirle en toda su evolución, máxime cuando a mitad de su curso se desprende un niágara que sigue fluyendo hasta dejarnos aislados en su altura mientras él prosigue en busca de lo desconocido.

Quiere expresarse con esto que pronto habrá una evolución poética de Rubén, un cambio que ha de repercutir en toda nuestra lírica.

\* \* \*

Madrid se le agota a *La Nación*.

Y viene el traslado a París. El gran poeta volvió a revivir emociones de juventud, cuando como Lamar-tine decía: “Yo no pienso jamás; mis ideas piensan por mí”, verificando de este modo la asimilación de vida y pensamiento sin dolor de meninges; cuando pudo mirar a Verlaine, pero no convivirlo, porque el sátiro cristiano era ya una ruina humana y el acto admirativo tenía que ser de pronóstico reservado, lo que le hizo exclamar a su muerte: “¡Dios le haya acogido en el cielo como en un hospital!”; cuando trabó conocimiento no siempre personal con algunos “poetas malditos”, que andando el tiempo Maurois no encontraría tan distantes de los vates sagrados. Aquel París que evidentemente era meridiano intelectual del mundo por la claridad de su espíritu razonador, la sensibilidad de sus escritores y artistas y el imperio universal de la moda; y aquella atmósfera de patente erotismo colectivo, ya avizorado por Rubén desde Valparaíso o Buenos Aires y que atraía a las juventudes de todo el mundo:

*Ámame así, fatal, cosmopolita,  
universal, inmensa, única, sola  
y todas; misteriosa y erudita;  
ámame mar y nube, espuma y ola;*

y es que en esos momentos Rubén se nos manifiesta como el sumo militante de la “heterodoxia sensitiva” que Pérez de Ayala descubrió que *Azorín* había descubierto.

\* \* \*

Años antes, en *Azul*, cantaba el dulce tiempo de la Primavera, siendo su musa la Delicia, y el hada amorosa complacía su ascendente deseo; más, siempre más, concediéndoselo, y termina el poema:

*Y yo tenía entonces  
clavadas las pupilas  
en el azul; y en mis ardientes manos  
se posó mi cabeza pensativa.*

Es decir, clavadas en el sueño del placer, tan excitante que un hombre de contextura mental tan poderosa como Jeremías Bentham se puso a investigar qué código sería el que mejor lo promoviera; pero sueño aniquilador.

A veces su conciencia solía adormecerse en provecho del sátiro escondido dentro de su ser total; y le aconsejaba a Carrasquilla-Mallarino, con un eco del “tan lejos me lo fiáis”:

*Así que peques mucho o así que peques poco  
te salvarás por santo, por poeta o por loco  
y las cuentas finales se arreglarán después;*

y lo dice sin remordimiento; o bien oye un discurso  
y siente que se le

*ha iluminado la montaña oscura  
en donde, hace ya tiempo, mi figura  
vaga entre el cisne, el sátiro y la cabra;*

y lo canta sin avergonzarse.

Pero qué va a hacer con su aire cabralesco:

*Pero, ¿qué voy a hacer, si estoy atado al potro  
en que, ganado el premio, siempre quiero ser otro  
y en que, dos en mí mismo, triunfa uno de los dos?*

Acaso con vivencias de su época consular, canta  
también:

*Soy Satán y soy un Cristo  
que agonizo entre ladrones.  
¡No comprendo donde existo!;*

aunque esto ya es más grave: no comprender dónde  
se existe.

Pero el precio de la poesía, según Flaubert, es la  
vida, nada menos que la vida, y Rubén comienza a  
comprenderlo acaso demasiadamente tarde en unos  
versos que sirven de anticipada confesión:

*todo lo que hay en mí de complicado,  
de pecador sutil o de perverso  
viene de amor o extracto de pecado.  
(1910)*

¡Extracto de pecado, qué atisbadura acerca de su misión humana! Expresarse es cantar y cantar es vivir, pero Rubén padece el mal del siglo ochocentista, que para Unamuno, (“modernista máximo, modernista ideológico, que viene más de los teólogos que de los estetas, más de los poetas alemanes que de los franceses”), es el del individualista “estrangulado por su propia personalidad”.

Pero Darío busca la paz, y pese a su fanfarronada de mocedad: “mi esposa es de mi tierra, mi querida de París” (todos sabemos que su querida de París fue... una lugareña de cierto pueblecito de Avila, capaz de reñir con los demonios que le cercaban: uno de los más implacables fue su segunda esposa); verdadera alma externada de quien adivinándola desde 1885 decía

*que para llegar al Ser  
Supremo del Santo Nombre,  
¡vuelan más que las del hombre  
las alas de la mujer!;*

y a esa mujer cantó una de las más patéticas plegarias de amor de nuestro Parnaso, fechada en París el 21 de febrero de 1914:

*Ajena al dolo y al sentir artero,  
llena de la ilusión que da la fe,  
lazarillo de Dios en mi sendero,  
Francisca Sánchez, acompaña-mé.*

*En mi pensar de duelo y de martirio,  
casi inconsciente me pusiste miel,  
multiplicaste pétalos de lirio  
y refrescaste la hoja de laurel.  
Ser cuidadosa del dolor supiste  
y elevarte al amor sin comprender;  
enciendes luz en las horas del triste,  
pones pasión donde no puede haber.  
Seguramente Dios te ha conducido  
para regar el árbol de mi fe.  
Hacia la fuente de noche y olvido,  
Francisca Sánchez, acompaña-mé;*

y su lazarillo fue retornándolo a la fe, pues según Francisca dijo cuando perdió al poeta, fue “una mujer hecha para él, y como él la quería”.

A pesar de la buena *situación* conseguida en *Mundial*, sentíase Rubén llegando a la hora declinante, y está viviendo la impresión que tuvo en Buenos Aires a cuenta del potente Mitre: que no podía aspirar a vivir en la memoria de más de una generación como *poeta*; y aunque recordase el versículo 17 del capítulo V del libro de Daniel:

*Tus dones sean para ti, y tus presentes para otros,*

lo cierto es que a semejanza del antecesor que exclamaba: ¡Mi yo, que me roban mi yo!, tuvo que ponerse a la defensiva; y en la rue Marivaux atrincherarse para defender el suyo:

*Encerrado en mi celda de la rue Marivaux,  
confiando sólo en mí y resguardando el yo.*

En la ciudad luminosa y alegre suena la patética voz del pecador confesándose inermemente, pero no vemos que asome el llanto a sus ojos; llorar deshonraría al griego que a veces es, y sin embargo, San Agustín descubrió que las lágrimas son la sangre del alma y que por tanto no carece de profundísimo sentido esa tremebunda expresión de “llorar lágrimas de sangre”.

Pero Rubén es griego de la Grecia de Francia :

*Amo más que la Grecia de los griegos  
la Grecia de la Francia, porque en Francia  
al eco de las Risas y los Juegos  
su más dulce licor Venus escancia;*

y bien abastecido por Venus, nos dice en otra parte :

*Plural ha sido la celeste  
historia de mi corazón.*

Venus le escancia, en efecto, el embriagante licor de la lujuria, que según Fray Luis de Granada produce “halagüeña pestilencia”, pero que un griego de adopción no podía escarnecer, porque los griegos no llegaron a conocer la noción del pecado y porque en Grecia “ha nacido esta única cultura de la belleza (...) que tiene sus raíces vitales en el orden emocional y no tiene absolutamente nada de común con el ideal de la verdad” (Keyserling). Pudo decir con Diderot,

“Mis ideas son mis rameras”, y sin embargo, a pesar de ello, el poeta manifiesta creer en algo supremo, mas aún no se decide a abrirle la puerta para que se manifieste :

*Y comprende que en el don de la pura vida,  
que no se puede dar manca ni dividida  
para los que creemos que hay algo supremo;  
yo me pongo a esperar a la esperanza ida,  
y conduzco entre tanto la barca de mi vida;  
Caronte es el piloto y yo dirijo el remo.*

Antes, mucho antes, nos había puesto en contacto con las claudicaciones de su vida, que abundaron, lo que no fue obstáculo para que gritase :

*¡Evohé!, porción humana  
que pensáis al padecer,  
¡bebed el licor de ayer  
a la gloria del mañana!*

un mañana que ofrece el presente como residuo adscrito a dos, a lo que fue y lo que será, ajustando la conducta a una moral sin obligación ni sanción como la que por entonces postulaba Guyau. Su búsqueda era total, siempre en dirección a lo que consideraba su raíz esencial : la Poesía. Ciertamente lo impulsaba una fuerza monumental y en la obra de Rubén nada falta de su historia: voto, naufragio, peregrinación, voluntad de sacrificio, ya que es esencial al héroe querer su trágico destino.

Rubén tuvo la cuarta dimensión que Lacretelle cree precisa para que una obra literaria se asegure un pasaje para la eternidad: la conciencia de la Fatalidad: “Mostrar todos los poderes de un ser humano y mostrarle a él mismo doblegado bajo una ley superior que ignora (...) Ese personaje reflejará en el fondo de sus ojos la maravilla de las primeras aguas y el terror del último rayo”. Y así hay, según el propio Rubén nos dice en alguna parte, “la fatalidad del bien y la fatalidad del mal, fatalidad angélica y fatalidad demoníaca y tal hombre va desde la cuna para el altar, y tal otro para la batalla, y tal otro para mirar pensativo las entrañas del mundo”. La fatalidad es la ironía de Dios. Y la de su vida ha ido gastando a Rubén Darío como las manos rapaces de los ávidos pensamientos de los lectores al único ejemplar de un libro excelente. El no ignoraba que

*vivía en mundos irreales,  
y, guerra para mis reposos,  
se imponían los peligrosos  
paraísos artificiales,*

y en una de las epístolas a madame Lugones se sinceraba de su conducta en una cariñosa protesta rimada:

*No ha mucho que Leopoldo  
me juzga bajo un toldo  
de penas, al rescoldo  
de la última ilusión,  
o bien cual hombre adusto  
que agriado de disgusto*



*no hincha su cuello robusto  
lanzando una canción...*

.....  
*No hay tal, señora mía,  
y aquí vengo este día,  
lleno de poesía,  
pues llega el Carnaval,  
a hacer sonar en grata  
hora, lira de plata,  
flauta que olvidos mata  
y sistro de cristal.*

Pero claro es que en estos instantes su vida “está siendo” para madame Lugones solamente y que la suya, con la naturaleza rendida, hace las aguas del naufragio en su peregrinación. Por ello intenta ahora vivirla hacia atrás “con ojos entornados a lo mongol y voz insinuante” (J.R.J.), convencido de que “las cualidades sensoriales” representan los elementos de que consta el gran “poema” del mundo circundante (...) no por ello le es dado al [poeta] el mundo, sino al contrario, no le es dado nada. (Max Scheler).

*J'ai de mon rêve épars connu la nudité;* no ha comprendido todavía que si la existencia ha de ser emprendida retrospectivamente no logra descubrir, como Kiekergaard, que hay que vivirla hacia adelante.

En la suya le han ocurrido las cosas más peregrinas y el pagano —ya se sabe que el paganismo no pone límites a la complacencia— agotó el jardín de las delicias, de tal forma que ya encuentra sombra y duelo,

*bajo la viña en donde crece el vino del Diablo.*

Le está sucediendo lo mismo, que según Hölderlin, le ocurriera al viejo Tántalo: “que recibió de los dioses más de lo que podía digerir” y por eso el Diablo se le apareció durante las horas demoníacas bastantes veces y en una de ellas le hizo añicos los muebles de su casa. (No sonríamos; ya dice Bertrand Russell que “no podemos distinguir entre el hombre que come poco y ve el cielo y el hombre que bebe mucho y ve serpientes”; no sonríamos, porque el Diablo existe: es la pesadilla del bien: su contradicción y su problema).

Estas apariciones luciferinas miden con exactitud la distancia espiritual que va del Watteau lejano al último Goya, el español que llenaba las paredes de brujas: los sueños de la razón engendran monstruos y Rubén revive su angustioso *Nocturno*, y se acuerda de haber llamado a la Luna “bastarda de Dios”, padeciendo

*el horror de sentirse pasajero, el horror  
de ir a tientas, en intermitentes espantos,  
hacia lo inevitable, desconocido y la  
pesadilla brutal de este dormir de llantos  
¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!*

¡Este dormir de llantos! Rubén no sabía existir sino en los extremos y así pronto clama por Dios en su forma cristiana:

*¡Señor, que la fe se muere!  
Señor, mira mi dolor.  
Miserere! Miserere! ...  
Dadme la mano, Señor.*

Dolor del corazón, de la carne y de la conciencia; y el alma suya enteriza sigue combatiendo en una situación espiritual que hubiese complacido al teólogo español Constantino, para el cual, “los hombres que no sienten esa guerra interior son hombres sin alma a quienes no preocupa Dios ni ellos mismos”. Es “la fiebre de Dios” que solamente se cura con actos amorosos para recuperar la felicidad perdida, ya que el tiempo no se cierra nunca y la Eternidad contrasta el nuestro de aguja y esfera al modo que las montañas azules, según Kierkegaard, el límite de lo temporal.

En este vivir a la contra Rubén recuerda con amargura la profecía que no llegó a cumplirse de la anfictionía centroamericana, y con mayor amargura aún, porque está padeciendo las consecuencias, el cumplimiento de la que en 1881 expandió al mundo:

*¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara  
Lutecia!*

Y viendo que lo irreal lo traslada brutalmente a la esfera de lo real, gime:

*y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;  
a veces me parece que el camino es muy largo,  
y a veces que es muy corto...  
y en este titubeo de aliento y agonía  
carga lleno de penas lo que apenas soporto.*

Apenas usa ya Rubén luz de artificio; sus versos son como los olivos de Mallorca:

*son paganos, cristianos y modernos olivos,  
que guardan los secretos deseos de los muertos  
con gestos, voluntades y ademanes de vivos;*

y tras libar la rosa, su espíritu se decide

*a posarse en un clavo de Nuestro Señor;*

y cabe preguntar: ¿en cuál de los tres: en el de la Esperanza? Porque la esperanza no es todavía la posesión. ¿Es que duda de ella o es que, diciendo a todo ¡atrás! busca la libertad mejor?

Ahora se encuentra de nuevo siendo víctima de su soledad:

*Encerrado en mi celda de la rue Marivaux,  
confiando sólo en mí y resguardando el yo,*

y esa soledad desde la que resiste para impedir que le sustraigan el yo, ¿no será el reaprendizaje de la ple-garia, pues Dios está implícito en la lucha? ¿No será que ha aprendido a no mencionarlo en plural?

Ya Rubén, con expresión que dio renuevos en la elegía de Machado, no

*sabe que está el secreto de todo ritmo y pauta  
en unir carne y alma a la esfera que gira,  
y aunando a Pan y Apolo en la lira y la flauta,  
ser en la flauta Pan, como Apolo en la lira;*

y es que ya está lejano el dulce influjo de la Primavera :

*y no hallo sino la palabra que huye,  
la iniciación melódica que de la flauta fluye  
y la barca del sueño en que el espacio boga;*

sus mejores poemas son ahora los brebajes, y todo se le desvanece como

*un cuento de las Mil  
y una noches de mi existencia;*

y en la Navidad del 14, clama su soledad :

*¡y yo, en mi pobre burro, caminando hacia Egipto,  
y sin la estrella ahora, camino de Belén!*

con lo que cancela su pecado de indiferencia al no haber seguido esa ruta cuando hacia Belén vio desfilar la caravana; ahora conoce por padecimiento cuál es su verdadera situación. Y digamos con Rancé: “Ser poeta, qué cualidad para un penitente”; sus oraciones cubren la retaguardia.

Dios puede comprender los dolores; el sentir divino es puro sentir y por eso perdona, sobre todo cuando el pecador lo ha sido por debilidad y no por infidelidad; pero Rubén ya no lucha con El, se deja ir hacia su eterna corriente viviendo —la expresión es de Gracián— “en diptongo de vida y muerte”, porque entre lo voluntario y lo fatal no hay sino una diferencia de tensión, y el destino culmina plenamente cuando

la voluntad del hombre coincide con su fatalidad, por lo que en cierto modo — y Rubén lo sabía— lo fatal es necesario a nuestra unidad, que

*vaga errante en el mundo, va como el ave  
tras la errante semilla del desierto;*

y es que de la buena poesía puede decirse lo que de la buena filosofía, que, según Péguy, “no es aquella contra la que nada hay que objetar, sino la que ha dicho algo”.

\* \* \*

Desde 1881 Rubén ha dicho, entre muchas cosas contradictorias —y ortodoxia es conciliación de contrarios— que “el canto del poeta es el acento de la voz del Señor”; por lo que puede racionalmente imaginarsele,

*pálido de sentirse tan divino,*

a punto de manifestarse en estado de santidad poética, ya que abandonado a la voluntad divina comienza a participar extraordinariamente de los beneficios de Dios en una misteriosa escena vislumbrada por *Xenius* y expuesta, acaso contra posterior costumbre, sin atmósfera de carnaval teológico, porque, conforme a la doctrina del arzobispo Carranza, al fuerte vino de la Escritura supo proporcionarle el agua de la glosa; pero escena que manifiesta lo que el hombre tiene de común con Dios.

La misma ocurrió en Barcelona. Rubén se hallaba

anonadado por los efectos de la guerra europea. No dejaría de recordar que “Pereza es la palabra del Infierno; y la palabra del Señor, Trabajo”; pero tampoco olvidaba su invariable costumbre de trasegar el “veneno divino” cantado en un poema. Pasó el estado de suma ebriedad.

—¿Qué le pasa, Rubén?

—Nada, sino que no pienso ni siento cosa alguna; que estoy como muerto en un sepulcro.

(“El éxtasis religioso y el artístico son parientes y oscila su manifestación desde la poderosa evidencia de serlo todo a la deprimente de no ser nada”: Delacroix).

“La noche es muy oscura —comienza diciendo *Xenius*—. No corría un hálito de aire. Sofocado por la asfixia estival, el Poeta y el Pantarca habían guardado hondamente silencio.

Lo que rompió el Pantarca para decir :

—Rubén, divino trompo de música, juguete en las manos del Señor.

Y después :

—Cuando sientas el dolor darte vueltas enroscañdose al cuello, Rubén, no llores; es que el Señor te da cuerda”.

Hasta aquí la virtud plástica de la glosa.

El alma de Darío es la música y Dios se la está proporcionando, porque a Dios le complace mucho oír recantar las oraciones por El suscitadas para el rescate del Amado cautivo; y así podemos seguir imaginando qué ocurre con esta declaración confesional dicha a voz quemada en el cruce de la mudez del Poeta con el silencio :

*Desde que soy, desde que existo,  
mi pobre alma armonías vierte.  
Cual la de mi Señor Jesucristo,  
mi alma está triste hasta la muerte,*

pero ya inmerso en la Humanidad de Dios, pósase la suya en el clavo de la Fe y con suavísimos enlaces, a la manera de los místicos, musita como desde el foso de los leones :

*Y la santa ciencia  
venga a mi conciencia  
por la penitencia*

.....  
*¡Mi sendero elijo  
y mis ansias fijo  
en el Crucifijo!*

Versos estremecedores porque nos sugieren que la amorosa justicia eterna se ha consumado y que el sá-tiro que vio lejana la Cruz ya está en la Cruz :

*y halló al pie de la sacra vencedora  
el helado cadáver de la Esfinge;*

y que, como intuyó Saint-Exupéry, “el aprendizaje de la oración es el aprendizaje del silencio”.

*Xenius* acertó—en el hallazgo de la bergsoniana imagen mediatrix: “una imagen que es casi materia—puesto que se deja ver, y casi espíritu puesto que no se puede tocar”.

Esto en cuanto a la imagen, que en cuanto a su simbolismo Moreno Villa hallólo en la “antología existencial” de Rubén concentrando los componentes de su obra hasta intuir su esencia:

*Yo, misterio divino,*

con lo que tenemos a la psique sublimada en pneuma, conforme al sentido de la gran creación del Cristianismo (intuida por J.R.J.: “la luz no se desgasta, sino la bujía”) y con que estamos sintiendo que la semilla del soplo de Dios retoña en el silencio de Dios con sobrenaturales raíces.

\* \* \*

Y terminemos estas consideraciones —en las que, como en informe de letrado, “todo es ajeno, nada propio”— exclamando con Mauriac:

*¡Poeta, pieza de caza para Dios!*

# ÍNDICE

	PÁGINAS
JOAQUÍN ARTILES: Antes, con y después de Rubén Darío . . . . .	7
LUIS DORESTE SILVA: Con Rubén Darío en París. (Cartas que se hacen historia)	27
PEDRO PERDOMO ACEDO: Rubén, pieza de caza . . . . .	53

ESTE LIBRO, CUYA EDICIÓN CONSTA  
DE QUINIENTOS EJEMPLARES, SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES  
DE LITOGRAFÍA SAAVEDRA,  
LA NAVAL, 225 Y 227  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
EL DÍA XX DE DICIEMBRE  
DE MCMLXVIII

Casa-Museo de Colón  
Colón, 1. Las Palmas.

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado).
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado).
3. Fernando González: *Poesías elegidas*. (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en el Romancero de Lanzarote*. (Publicado).
5. Juan Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (Publicado).
6. Agustín Espinosa: *D. José Clavijo y Fajardo*. (En prensa).
7. José Pérez Vidal: *Poesía Tradicional Canaria*. (Publicado).
8. Manuel Alvar: *Estudios Canarios*. (Publicado).

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado).
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación).

III.—GEOGRAFÍA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria*. (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: *Maura y Galdós*. (Publicado).
3. M. Luezas: *Geografía de Gran Canaria*. (En preparación).
4. Dr. Juan Bosch Millares: *Historia de la Medicina en Gran Canaria*. (Publicado).

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: *El síndrome de Gardner-Bosch*. (Publicado).
2. José Murphy: *Breves Reflexiones sobre los Nuevos Aranceles de Aduanas*. (Publicado).
3. Günther Kunkel: *Helechos cultivados*. (Publicado).
4. F. Estévez: *Flora canaria*. (En preparación).

V.—LIBROS DE ANTAÑO.

1. D. J. Navarro: *Recuerdos de un noventón*. Estudio preliminar de Simón Benítez. Notas de Eduardo Benítez. (En prensa).

VI.—VARIA.

1. Luis Doreste Silva: *Romance de la isla al paso de Cristóbal Colón*. (Publicado).
2. Luis Doreste Silva, Juan Jiménez, A. G. Ysábal: *Poemas*. (Publicado).
3. Joaquín Artiles, Luis Doreste Silva y Pedro Perdomo Acedo: *Rubén Darío*. (Publicado).